

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestres en casa de los comisionados, y 12 rs. al mes y 36 por trimestres en la administración.—En el extranjero: 30 rs. trimestre.—En Ultramar: 30 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la Administración, calle de Silva, núm. 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, Lopez, Bayli-Bañero, Cuesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

PARTE EXTRANJERA.

La humillación de Francia ante los Estados Unidos es ya un hecho tan notorio que todas las habilidades de los imperialistas más decididos no pueden ocultar. Los documentos diplomáticos relativos a la cuestión de Méjico que el Gobierno se ha visto obligado a insertar en el *Libro amarillo*, ponen de manifiesto la inutilidad de los esfuerzos hechos por Napoleón III para obtener una declaración siquiera del Gobierno de Washington que pusiese a salvo el honor militar francés en la retirada de las tropas imperiales de Méjico. Los yankees, con crueldad republicana, se han negado obstinadamente a todo arreglo, insistiendo en que las tropas francesas deben abandonar a Méjico sin que el Gabinete de la República adquiera compromiso alguno que le obligue a respetar el imperio mejicano. En los despachos diplomáticos como en las discusiones de las Cámaras, en la prensa como en los *meetings*, en la conducta de los hombres públicos como en la de los simples ciudadanos, no se ve otra cosa que una hostilidad más o menos declarada hacia Francia, un deseo patente de humillar a Napoleón que debe ser un tormento cruel para el Emperador, no acostumbrado hasta ahora a estos trabajos.

Véanse confirmados estos juicios en las siguientes palabras de un diario, que aunque no bonapartista, siente como frances la afrenta que sufre su país a consecuencia de la política desastrosa del Emperador.

«La hostilidad de los Estados Unidos, dice la *Union de Paris*, es general respecto de nosotros, y se deja ver en la prensa por un lenguaje sin freno, como *meetings* por mociones ridículas a fuerza de ser insultantes, en el Congreso, por palabras y proyectos que irritan nuestros sentimientos patrióticos. Y no es eso todo: en cuanto uno alcanza, a juzgar por los despachos incompletos y truncados que nos dan los periódicos de Londres y de Nueva-York, esa misma hostilidad reina en el Gobierno de Washington, que sostiene una representación oficial cerca de Juárez turgitiva, que se niega a reconocer al llamado Emperador Maximiliano, y que dirige a cada paso fuertes quejas al Gobierno francés, a causa de los actos que tienen lugar en Méjico.»

Las consecuencias de estas humillaciones, inútiles ponderar lo peligrosas que son para Napoleón, tanto dentro como fuera de su imperio. Dentro, porque los franceses, susceptibles en demasía y celosos hasta el exceso de su preponderancia, no podrán perdonar al Emperador la situación vergonzosa en que los ha puesto ante Europa. Fuera, porque no teniendo Napoleón verdaderos amigos, y si muchos enemigos, todas las naciones que están hace mucho tiempo hartas de su yugo, no verán sin satisfacción que el león no era tan fiero como parecía, y por tanto no hay que temer su pujanza.

En cuanto al Emperador Maximiliano, nadie pone en duda que su Trono está moralmente por el suelo. Los republicanos, viendo cercana la retirada de las fuerzas francesas, han cobrado aliento hasta el punto, si hemos de creer al corresponsal del *Herald*, de haberse apoderado de Toluca, ciudad que sólo dista once leguas de la capital, de la cual han salido al mando del general Bazaine todas las tropas disponibles, para recobrar el pueblo tomado por los rebeldes.

Pero todavía tenemos noticias más graves y funestas para el imperio de Maximiliano. Un despacho telegráfico leido en Nueva-York el 24 de Enero, asegura que el día anterior habían penetrado en territorio mejicano tropas americanas compuestas de negros. El telegrama no dice más; pero los diarios extranjeros nos permiten ampliar esta noticia.

El hecho indicado por el telégrafo pasó de esta manera. Una partida de filibusteros, negros en su mayor parte, mandada por el general americano Reed, oficial de estado mayor del general Crawford, atravesó el Rio-Grande y se apoderó del pueblo mejicano de Bagdad, haciendo prisionera la guarnición imperial. El pueblo fue saqueado y el botín transportado al territorio de Tejas, sin abandonar por esto su conquista. Al día siguiente fué atacada la partida por una canonera francesa, consiguiendo, sin embargo, mantener su posición en la parte alta del pueblo.

Después de esto la situación no había cambiado, pues según vemos por un telegrama de fecha 24, procedente también de Nueva-York, el general mejicano Mejía ha levantado fortificaciones entre Rio-Grande y Matamoros, haciendo saber al general anglo-americano Weitzel que en caso de hostilidad por parte de los americanos mandaría romper el fuego.

Tal es el estado en que se halla Maximiliano, aun antes de ser abandonado de las fuerzas francesas.

Si en tal situación es verdadera la misión que se dice encomendada al Sr. Saillard por Napoleón, figúrese la dicha que ha cabido a Maximiliano en seguir los consejos de su protector. Según el *Times*, la misión de Saillard tiene por objeto decir al Emperador mejicano que el Emperador Napoleón cree haber cumplido suficientemente sus obligaciones; que el Trono de Méjico levantado por la voluntad nacional estaba o debía estar suficientemente consolidado; que sus enemigos han sido destruidos o dispersos, y que, en fin, ya es tiempo que el Emperador de Méjico cuente con sus propios recursos sin el apoyo de un ejército francés.

Si esto no es un sarcasmo, no sabemos cómo pueda calificarse. El infortunado Maximiliano parece que está bien convencido de la suerte que le espera, y así es que además de las órdenes que ha dado para que le habiliten su palacio de Miramar, de que ya hablamos días pasados, ha dispuesto que todas las rentas que posee en Europa no se las manden a Méjico, sino que sean colocadas en Bancos europeos. Tan seguro está de que su estancia en Méjico está para terminar.

TELEGRAMAS.

VIENA, 4.—Se agita mucho aquí la cuestión de reconocer el nuevo reino de Italia, con la única condición de que Francia se comprometa a quedar neutral en caso de conflicto por causa del Véneto.

NUOVA-YORK, 24.—La mayor parte de los periódicos desaprueba la tentativa de los filibusteros en el Rio-Grande. El general americano Veitzel, acusado de haber protegido la expedición, ha sido declarado cesante y reemplazado en su mando por Stoneman. La ruptura de relaciones diplomáticas entre Chile y Montevideo, ha producido aquí una cierta sensación.

LONDRES, 4.—En el Consejo de ministros que ha tenido lugar ayer sábado, bajo la presidencia de la Reina, se ha decidido que se haría una proclama declarando que Inglaterra piensa guardar la más estricta neutralidad en la guerra que acaba de estallar entre España y Chile.

CONSTANTINOPLA, 28.—El cupón de 1.º de Enero no está pagado aún.

Se habla en alta voz de bancarota: Fuad-Bajá, gran visir, y el mismo Sultan, van siendo muy impopulares.

PARÍS, 5.—En la Bolsa de hoy quedaban: el 3 por 100 interior español, a 34 1/8; el exterior, a 40 0/0; la dterida, a 35 0/0; la amortizable, a 40 0/0; el 3 por 100 francés, a 68-65, y el 4 1/2, a 93-53.

LONDRES, 5.—Los consolidados ingleses quedaban de 87 a 1/8.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL

MADRID, 6 DE FEBRERO DE 1866.

En el próximo número de *EL PENSAMIENTO ESPAÑOL*, verán integro nuestros lectores el notable discurso pronunciado en el Senado por el Sr. Huet contra el reconocimiento del llamado reino de Italia.

La voz del ilustre senador resuena hace ya tiempo en aquel Cuerpo deliberante en pro de la santa causa de la Iglesia, combatida en Italia por la revolución. El celo y la piedad del Sr. Huet han resplandecido vivamente todas las veces que directa o indirectamente, por amigos o contrarios se ha tocado o mostrado tendencias a tocar al rico tesoro de tradiciones y respetos que España guarda para con la santa augusta del Vicario de Cristo, y por consiguiente para con todos sus derechos, entre los cuales se cuenta su soberanía temporal, instituida por la Providencia para fines sublimes, dignos de la sabiduría divina que rige al universo. Pero faltaba a la serie de las protestas del señor Huet en defensa de los sagrados derechos de la Santa Sede, una corona excelente de honor, de fidelidad y ardiente devoción; y he aquí que se levanta de nuevo su respetable voz, sin que sean parte a contenerla las dificultades reglamentarias que el presidente de la Cámara le pone siempre delante con inusitado rigor.

En el erudito y elocuente discurso que días pasados hizo en el mismo lugar el Sr. Seijas Lozano, refiriendo el origen de su enemistad, manifestó que entre los señadores que llevan el nombre de moderados, aunque no todos lo sean verdaderamente, acaso ni el mismo Sr. Seijas, hubo quienes creían que los Cuerpos colegisladores debían declarar innecesario el reconocimiento del titulado reino de Italia y dejarlo sin efecto. Excusado es añadir, que uno de los señores senadores que esto creían, que esto deseaban y deseaban, fue el Sr. Huet, a cuyo nombre hay que asociar, como partícipes de su misma creencia y de su misma gloria, a los señores marques de Vaamonde y condes de Cuesta y Torre Diaz. Todos estos ilustres miembros del Senado tir-

maron la enmienda redactada por el Sr. Huet al proyecto de contestación al discurso de la Corona. Por desgracia, esta enmienda hubo de parecer demasiado radical, como hoy se dice, a los personajes más influyentes y al mayor número de individuos del partido moderado; que es harta desdicha en estos tiempos no querer oponer a los errores de la política contemporánea las afirmaciones perfectamente contrarias de la verdad, sino templar y suavizar esta hábilmente porque no ofusque. ni ofenda, ni irrite más las llagas que esta política padece. No desecharon, pues, los moderados la enmienda del Sr. Huet y de sus compañeros por mala en la sustancia sino por imprudente: no son los moderados amigos de postarse humildemente ante la imagen de la justicia si no la envuelven antes con velos o la mutilan por alguna parte, como si temieran encontrarse cara a cara con ella y ser sorprendidos por alguna mirada de sus ojos. ¡Ah! los moderados la negaron en el mando, y hoy no quieren imitar el arrepentimiento de Pedro que también negó a la Justicia, más luego lloró amargamente su pecado, cuando la vió más perseguida y despojada y leyó en su divino rostro, no velado por cierto, toda la fealdad de la culpa.

Pero volviendo al discurso del Sr. Huet, ha sido grande lástima que las prescripciones reglamentarias le fueran aplicadas con severidad de que se lamentaba el orador, hasta el punto de afirmar que «se ahogaba su palabra.» Si aun reducido el discurso del ilustre senador a muy breves palabras, contiene tantos y tan bellos testimonios a la verdad, conceptos tan delicados y profundos, frases tan valerosas, sentidas y elocuentes, ¿qué no sería su obra a haber salido acabada y sosegadamente de los labios del noble y esclarecido católico?

De muy buena gana analizaríamos esta notable producción, inspirada por el Sr. Huet por el genio de la elocuencia cristiana, bella siempre como la verdad que expresa, noble y austera como la justicia, sublime como la Religión; mas pues habrán de leer nuestros lectores el discurso íntegro, no es razón sacar de él ni una sola partícula de la pura esencia católica, que en él está expresada con valor y claridad. Ya que los tiempos nos son contrarios; ya que la historia política de nuestra patria en el período de ella que ha poseído y posee como suyo la idea liberal, apenas registra sino tristes sucesos como el del reconocimiento de Víctor Manuel como Rey de Italia, sino hubieran clamado contra él los españoles, consolómonos al menos por ahora oyendo los ecos elocuentes de la palabra consagrada a la defensa de una causa que no puede morir, antes es la única que da la muerte a los que la combaten.

Decía ayer el ministro de Hacienda en la sesión del Congreso, y decía con muchísima razón: «Señores, coloquemos la Hacienda fuera de la acción de los partidos si queremos tener Hacienda.»

Con muchísima razón también vino a decir el ministro de la Gobernación contestando a las preguntas que acerca de los negocios de Chile y el Perú hizo al Gobierno el Sr. Lopez Dominguez: «Coloquemos las cuestiones de honor nacional fuera de la acción de los partidos, si queremos quedar con honra como nación.»

Y hablando de las perturbaciones del orden público se ha estado diciendo constantemente todos estos días: «Coloquemos la existencia del orden social fuera de la acción de los partidos, si queremos tener sociedad.»

Y todos los que esto dicen tienen razón, y se la reconocen los mismos partidos cuando de una cuestión particular se trata. Por qué, pues, no hemos de tener razón nosotros que decimos: «Coloquemos la Hacienda; coloquemos las cuestiones internacionales; coloquemos el orden público; en una palabra, coloquemos todo fuera de la acción de los partidos, si queremos tener algo?»

Según vemos por confesiones parciales de los mismos aliados a diversos partidos, todo cuanto estos tocan cae marchito; para que algo no perezca, es preciso colocarlo fuera de la acción de los partidos. Pues bien; seamos lógicos y reputemos los partidos como una cosa deletérea que da la muerte a todo cuanto debe tener vida. No nos contentemos hoy con salvar la Hacienda, mañana el honor nacional y el otro día el orden público poniéndolos temporalmente, con el deseo al menos, fuera de la acción de los partidos. Lo patriótico, lo consecuente, lo racional es extinguir esos partidos emponzoñadores, colocándolos todo fuera de su acción.

No se crea que esto es imposible, porque entonces se probaría que es irrealizable lo que dicta el sentido común. Lo que de ninguna ma-

nera puede verificarse, es colocar nada, ni la Hacienda, ni el honor, ni el orden fuera de los partidos, dejando a estos subsistentes y con gran fuerza de vida.

Decir a los partidos que sean justos, imparciales y políticamente honrados; exigirles que tengan desinterés, abnegación y verdadero patriotismo, es una verdadera inocentada, es exigirles que no sean partidos.

Los partidos han traído la Hacienda al estado grave en que hoy se halla, tiene razón el señor Alonso Martínez; los partidos han puesto la cuestión de Chile en el estado en que hoy la vemos, tiene razón el Sr. Posada Herrera; los partidos nos han hecho pasar por las amarguras de una sublevación militar, tiene razón todo el mundo; pero los partidos no se arrepienten: mueren, perecen, y no hay otro medio que hacerlos desaparecer para que no hagan daño.

El secreto de nosotras partidos no es ocasión de recordarlo: nosotros lo sabemos y nuestros lectores también.

La sesión del Congreso fué ayer muy curiosa é interesante; por eso la damos en toda su extensión, además de la del Senado.

Las palabras del Sr. Posada Herrera acerca de la cuestión del Pacífico, prueban que el Gobierno ha desaprobado la conducta del Sr. Alibistur, nuestro representante en el Perú, que acaba de llegar de aquellas apartadas regiones.

El Sr. Alonso Martínez se acaloró algunos momentos al contestar a una pregunta del señor Calderón, sobrino carnal del señor ministro de Gracia y Justicia. ¿Qué hay debajo de esta pregunta, de este calor, de esta disputa casi de familia? Se decían a sí propios los concurrentes.

La pregunta del Sr. Candau nos dió a conocer un hecho ocurrido por la mañana en esta capital. Si de él quieren enterarse nuestros lectores, vean la relación del Sr. Candau y la del ministro de la Gobernación.

Las sesiones del Congreso se van convirtiendo en una especie de periódico de noticias. No es bueno, sin embargo, que haya más *Correspondencias* que la de Santa Ana. Para la primera sesión se dijo ayer, se avisará a domicilio.

La *Política* trae la descripción de la escena parlamentaria representada en el Senado hablando el señor marques de Miraflores, si es que escena pueda decirse el quedarse solo, ó casi, en el salón el ilustre orador, desamparado de sus compañeros y del público. ¡Bella prueba del valor de la discusión! ¡Excelente muestra de la atención y cortesía que distinguen las costumbres parlamentarias! Si al menos la lección no fuera perdida para el señor marques, y se convenciera S. E. que los términos medios de sus discursos y el diluvio de palabras con que los envuelve no sirven para nada, antes ceden en daño del respeto que debe infundir la candida ingenuidad del mismo señor marques, mas candida todavía que la corona de ancianidad que cubre su cabeza, aún habría algo de que felicitarse en la especie de vacío parlamentario que se hizo en torno del orador. He aquí cómo lo describe *La Política*:

«Por último, el señor marques de Miraflores se levantó a usar de la palabra para alusiones; pero aun cuando S. S. rogó a la presidencia que «ciese la vista gorda, a lo cual accedió el duque de la Torre con el recto espíritu de benevolencia que le distingue, los señores senadores concurrieron por dejar solo al orador; y el salón se fue cubriendo de sombras porque la noche avanzaba, y nosotros no creímos perder nada al abandonar la tribuna, dejando pendiente el señor marques sobre nuestra cabeza medio discurso, que hoy descargará irremisiblemente, aunque sólo los taquígrafos puedan dar razón de su contenido.»

El venerable señor Obispo d. Jaen acaba de dirigir una carta pastoral al Clero, a las hermanas de la caridad y a los fieles de las diócesis, llena de la más provechosa doctrina para la salvación de las almas, especialmente de aquellas que van mal dirigidas buscando la felicidad en el adormecimiento de su conciencia por medio de los gozos sensuales y de las diversiones fastuosas.

El sabio señor Obispo de Jaen demuestra con la elocuencia y el celo que le son propios, que este género de vida basta para entibiar en el alma cristiana el sentimiento religioso, y para ahogar en el corazón toda inquietud piadosa, para extinguir en los entendimientos la llama de la fe y mantener una lamentable tristeza en el fondo del espíritu, madre y compañera del hastío que cobra el pecador a las cosas sobrenaturales.

Marchando tales desdichados por esta senda, intentan a veces formarse un Dios, una Religión y una moral que los permita vivir con sus habbitudes de relajación y de pecado. ¿Y es posible que los cristianos desprecien para la salud del

alma lo que acepta y agradece el hombre sensato en busca de la salud del cuerpo?

«Como si toda la vida del hombre, esclama el señor Monescillo, estuviese encerrada en el hueco de un gabinete, y únicamente hubiera de lucir de sol a sol se afana el mundo por satisfacer una pasión, un apetito, una venganza tal vez inmotivada; y para esto enardece sus vivas concupiscencias haciéndolas a ellas mismas, instantes y crueles como son, jueces y árbitros en los propios desarreglos. Por este camino, fuera de los caminos de Dios, se ha llegado a las plazas de la ciudad del mal, donde un yo desordenado y satánico pregona, al triste precio de la propia desolación, los manjares vedados por toda ley divina y humano. Allí se venden y regalan el espíritu de insonja para alentar al desvanecido y al pecador, como el espíritu de mordacidad y de calumnia para herir al inocente y difamar al hombre honrado. Es aquel taller común laboratorio donde cada ensayador fusteco tiene a mano cuantas ruedas, limas, y yunque ha menester para desbaratar casas, familias y estados. Huyó de aquel lugar el temor santo de Dios, y en semejante vacío donde no tiene cabida la mortificación, y por donde no se da aso a las divinas inspiraciones, sólo se escucha el ronco bramar de los odios y de las venganzas, propia vocería de aquel amor excesivo del hombre que se convierte en aborrecimiento del Criador. Amor sui usque ad contemptum Dei, en feiz sentencia de San Agustín.»

El señor Obispo de Jaen concluye su importante Pastoral, nutrida toda ella de la más pura doctrina, haciendo observar cuán estrecha es la alianza formada por el espíritu cristiano en las felicidades que caben dentro de este valle de lágrimas, y aconsejando que se aprendan con los ojos carnales al menos, ya que no con el sentido del espíritu, las lecciones de consuelo que nos da la escuela de la contrición y del escarmiento.

En el extracto de la sesión del Congreso verán nuestros lectores la pregunta que el señor Lopez Dominguez dirigió al Gobierno acerca de los sucesos del Pacífico, y de los rumores que anuncian la aparición de corsarios chilenos en nuestros mares, y la contestación que dió el Sr. Posada Herrera, ministro de la Gobernación.

Un periódico llama la atención sobre el hecho de que a un mismo tiempo hayan circulado en España y las Antillas noticias de un combate naval entre nuestras fragatas del Pacífico y varios buques chilenos. En efecto, el *Boletín Mercantil* de Puerto-Rico, fecha 5 de Enero, da cuenta del triunfo obtenido por la fragata *Resolución* contra dos vapores y veinticinco cañoneras. Es de notar que el hecho se supone ocurrido el 19 de Noviembre, cuando es sabido que el apresamiento de la *Covadonga* fué posterior en siete días a esta fecha.

Esto nos induce a creer que hay quien se divierte haciendo reseñas de combates imaginarios, y conviene por tanto que estemos sobre aviso para no dejarnos sorprender con noticias falsas ó correspondencias apócrifas.

Una carta de Santiago de Chile anuncia la llegada de la fragata *Numancia* a Caldera.

En Chile se crea a la fecha del 16 de Diciembre que el Gobierno dictatorial del general Prado se había negado a reconocer el tratado Pajera-Vivanco, y que estaba declarada la guerra entre España y el Perú.

Esperábase de un momento a otro a la escuadrilla peruana, así como a los diferentes buques de coraza encargados en el extranjero por cuenta del Gobierno chileno.

Otra carta de Santiago, fecha 16 de Diciembre, que publica el *Times*, no deja duda alguna sobre la alianza del Perú y de Chile.

El corresponsal del *Times*, examinando los recursos de estos dos países, dice que el Perú posee un material marítimo importante, y que varios buques de guerra construidos en Europa por cuenta del Gobierno peruano, cruzan el Océano, dirigiéndose a su destino.

Lo que falta al Perú, añade el corresponsal, son marineros y oficiales de marina. Chile está en posición de suplir este vacío. Además posee minas de carbón muy abundantes.

Si los dos países se prestan una mutua ayuda, pueden sostener la lucha contra España, no sólo en las costas del Pacífico, sino en otros parajes. Esto no pasa de ser la opinión del corresponsal del diario inglés.

En la *Patrie* de París leemos lo siguiente:

«El Gobierno inglés, a consecuencia de las reclamaciones del embajador español, ha tomado en consideración la cuestión de la fragata *Independencia*, construida en Londres nominalmente para el Perú, pero en realidad para Chile. El *Times* publica una carta del constructor de la *Independencia*, M. J. D. A. Samuda, protestando de su buena fe. Mr. Samuda cuenta que el 30 de Marzo de 1864 firmó con el representante del Perú el contrato para la construcción de la fragata, y añade que el capitán García, actualmente comandante del buque, firmó con el consul general peruano, que se cobró el dinero en casa de

los agentes financieros del Perú, y que el Gobierno inglés permitió que la fragata quedase amarrada en Greenlith, en el muelle de la amirantazgo, mientras se arreglaban las brújulas de la Independencia.

Por otra parte, se asegura que la cuestión va a entrar en una nueva fase, pues el marqués de Molins, embajador de España, ha entregado a lord Clarendon una nota demostrando de una manera positiva que el Perú hace causa común con Chile y es ya un beligerante.

Leemos en *La Correspondencia* las líneas que reproducimos, a continuación, no sin advertir que se nos hace extraño que el órgano semi-oficial no ponga de su parte ni una sola palabra que afirme o niegue la noticia de *La Patrie*, y muy especialmente lo que se refiere al memorandum. ¿Será el párrafo de *La Correspondencia* destinado a indicar la posibilidad de una solución pacífica de la cuestión hispano-peruana?

He aquí sus palabras:

«Muchos periódicos extranjeros han anunciado que el Gabinete de Madrid iba a publicar un manifiesto relativo a los asuntos del Perú. Se nos asegura, dice *La Patrie*, que la redacción de este documento no se determinará hasta que se conozca la llegada a Lima del general Castilla, designado para reemplazar a Prado que ha tomado provisionalmente la dirección de los negocios públicos con el título de dictador. El general Castilla, que cuando vino a Francia abrigaba intenciones hostiles contra España, ha modificado, según se dice, sus ideas sobre este punto durante su permanencia en Europa y prometido en París y Londres que entrará en la vía de la conciliación y la paz. El representante de Francia en Lima, que se encontraba con licencia en París y Londres, ha salido para ocupar su puesto, llevando, según se asegura, instrucciones que le prescriben apoyar en el Perú una política pacífica, y lord Clarendon ha enviado al representante de Inglaterra en el Perú instrucciones en el mismo sentido.»

La semana que acaba de pasar tendrá el triste privilegio de ocupar un puesto señalado en los anales del crimen. En ella han tenido lugar tres hechos horribles, de esos que caracterizan la corrupción de la época presente y no dejan dudar de la poderosa influencia de la predicación de ciertas doctrinas.

En Madrid se presenta a uno de los jueces de primera instancia un sujeto que va a pedirle informes acerca del estado de un negocio en el que tiene interés, y no satisfecho sin duda de los que se le dieron, demuestra su descontento apuntando con un revolver al señor juez, que afortunadamente advirtió a tiempo el peligro en que estaba. Dicese que el sujeto de que hablamos padece cierta enajenación mental. Preciso es convenir en que los dementes de nuestros días tienen instintos sanguinarios.

En la misma semana, ignoramos si por algún otro loco, es asesinado en el pueblo cabeza de su partido el juez de primera instancia de Arnedo, provincia de Logroño, y en el mismo día, en la capital de la misma provincia, un individuo recientemente separado del ejército asalta, puñal en mano, al gobernador militar de aquella ciudad, que tuvo que luchar a brazo partido para librarse de su agresor.

En todos tiempos se han cometido crímenes y crímenes espantosos, pero jamás han sido tan frecuentes como en nuestros tiempos los atentados contra el principio de autoridad y contra las personas encargadas de representarlos. No basta buscar las causas de este fenómeno en la lenidad de nuestras leyes penales. Ciertamente que mucho anima al criminal la seguridad de la impunidad o de un leve castigo, pero no hay necesidad de entregarse a grandes meditaciones para comprender que la causa principal de los hechos atroces que diariamente tenemos que lamentar, estriba en la falta de temor de Dios, y en el menosprecio de los preceptos divinos, sin los que es imposible conseguir que se respeten las leyes humanas.

La *Gaceta* de hoy inserta un Real decreto disponiendo que en nuestras provincias de América y Filipinas sea promulgada la ley de procedimientos de 17 de Abril de 1821 que rige en la Península para las causas que se instruyan por los delitos en la misma referidos.

También inserta la *Gaceta* los dos Reales decretos autorizando al ministro de Hacienda para presentar a las Cortes los dos proyectos de ley que S. E. leyó ayer en el Congreso. Uno de estos proyectos se refiere a la caducidad de créditos contra el Estado y consta de 21 artículos, por lo cual no le insertamos a continuación; el otro, compuesto de solos cuatro, es como sigue:

«Artículo 1.º De los productos de la desamortización se destinan 110 millones de escudos a extinguir igual suma de Deuda flotante, representada por imposiciones hechas en la Caja de depósitos.

Art. 2.º Se pasará a la Caja general de depósitos la tercera parte de los pagados de compradores de bienes nacionales que resulten disponibles a la fecha de la publicación de la presente ley, y se la entregará después mensualmente la tercera parte también de los que ingresen en la tesorería, hasta que se reciba el completo importe de los 110 millones de escudos que el artículo anterior determina.

Art. 3.º La Caja de depósitos conservará los mencionados valores como un activo disponible que, sin perjuicio de la garantía general del Estado, responda inmediatamente del importe de los depósitos voluntarios que obren en ella. A medida que los pagados se vayan realizando y la existencia efectiva en la Caja lo permita, se suspenderán las renovaciones, se disminuirá el interés para nuevos depósitos, ó dejarán estos de admitirse, según considere el Gobierno conveniente.

Art. 4.º Por el ministro de Hacienda se dictarán las disposiciones oportunas para la ejecución de la presente ley.

Madrid, 4 de Febrero de 1886.—El ministro de Hacienda, Manuel Alonso Martínez.

Dice un periódico unionista: «En la sesión celebrada ayer tarde en la Cámara popular, el señor ministro de Hacienda, que vestía de gran uniforme, manifestó al Congreso que tendría la honra de presentarle los presupuestos del próximo año económico en la presente semana, excusando la tardanza que algunos habían querido ver en este acto por los últimos acontecimientos políticos y las desgracias de familia que hoy pesan sobre S. E.»

Esperamos ver los indicados presupuestos para juzgar de esas considerables economías introducidas, según se nos ha dicho, en todos los ramos de la administración por los actuales ministros.

Los senadores que son al propio tiempo capitalistas, han celebrado ayer una segunda reunión para tratar cuestiones importantes al crédito del país: tenemos entendido que en esta reunión se ha leído un escrito del Sr. Salamanca, relativo a los asuntos más importantes que hoy afectan al crédito del país y sobre el cual se llamará la atención del Gobierno de S. M. Esta noticia es de *La Epoca*.

A 87 asciende el número de los diputados incompatibles con sus funciones, varios de los cuales han renunciado ya el empleo y alguno la diputación.

Sobre los proyectos del Gobierno de aumentar en su día el número de los senadores, leamos *La Política*:

«El ministerio tendrá enfrente de su política en la cuestión de Italia de sesenta y ocho votos al votar en el Senado la enmienda del Sr. Seijas Lozano, y se pondrá de su lado de noventa y cinco senadores. Otro Gobierno que tuviera menos confianza en la bondad de sus actos, asustado ante aquella considerable cifra, se hubiera apresurado a proponer a S. M. una promoción senatorial tan escandalosa como la que llevó a cabo el ministerio Narvaiz. El Gobierno actual, celoso del prestigio de la alta Cámara, no ha querido imitar semejante conducta; pero concluidos los debates del mensaje, y juzgada ya su política por el Senado, creemos no equivocarnos al predecir, como probable, que de las treinta vacantes que por fallecimientos hoy tiene la alta Cámara, llenará por lo menos veinte, elevando a la dignidad senatorial a otros tantos hombres políticos de posición y de importancia.»

Dice *El Pueblo*: «Parece que se agita la idea de abandonar en la primera ocasión favorable la política de retraimiento electoral de progresistas y demócratas. Nosotros nada sabemos a punto fijo de lo que a muchos pueda ocurrir en las presentes circunstancias acerca del particular; pero dada nuestra manera de apreciar el asunto, quizás no veríamos sin placer que lo que ahora juzgamos merum rero, se convirtiera en opinión válida y firme.»

Dice un órgano noticioso: «Anoche se han reunido en casa del Sr. D. Pascual Madoz muchos hombres importantes del partido progresista puro, a quienes había citado el Sr. D. Juan Bautista Alonso para oír el parecer de todos ellos sobre si dadas las circunstancias actuales, sería conveniente que el Sr. Alonso se presentara en el Congreso. El acuerdo fué negativo por respeto a la decisión tomada anteriormente por el partido progresista, por más que la inmensa mayoría de los presentes se mostrara partidaria de no rehuir la lucha electoral en el sucesivo.»

La responsabilidad de la anterior noticia se la dejamos a *La Correspondencia*, que es el periódico de quien la hemos tomado.

La fragata *Gorona* regresó el día 2 a Cádiz, después de convayar el buque-correo de las Antillas.

El Sr. Canclau ha pedido explicaciones al Gobierno en el Congreso sobre la detención que han sufrido varios de los que iban, como de costumbre, delante del relevo de la guardia de Palacio, contestándole el señor ministro de la Gobernación que se ha procedido así para evitar los desmanes que en estos días venían cometiendo.

Se han mandado suspender las guardias que venían haciéndose por los empleados del Gobierno en las estaciones telegráficas de los ferro-carriles, en atención a haber desaparecido las causas que motivaron esta disposición. Igualmente han terminado también las que se hacían en la dirección general por todos los negociados.

Se ha dispuesto por el ministerio de Fomento que se proceda a la reconstrucción del puente de Puente de Duena, cortado por las fuerzas sublevadas que mandaba el general Prim.

Leemos en un periódico de noticias: «D. Manuel Pavia, que ha hecho las veces de jefe de Estado mayor al lado del marqués de los Castillejos, y que ha penetrado con este en Portugal, según los periódicos de aquel punto, no ha pertenecido, según se nos ha dicho, al cuerpo facultativo de Estado mayor.»

Los mismos periódicos de noticias que dijeron antes que no se desanimaban grandes esperanzas en el proyecto de dos catalanes presentados al ministro de Marina, publican ahora que ha pasado a informe de la junta consultiva de la armada el proyecto presentado al ministerio de Marina para bander buques a poco coste y en corto plazo. Aunque hay personas que lo consideran irrealizable, todavía no puede considerarse como tal hasta que se oiga el informe de aquella respetable corporación y al autor del proyecto.

Uno de estos últimos días hemos llamado la atención de la autoridad competente acerca de las funestas consecuencias que suelen producir las pedreas de los muchachos, de que son frecuentemente teatro las alamedas de la citta capital de la Monarquía. Hoy nos vemos en la necesidad de insistir en este desagradable asunto, al ver que tan escandaloso abuso toca ya su último límite.

Ayer, sin ir más lejos, la plaza de Chiamberí que da frente a la calle de Santa Feñicia se hallaba convertida en verdadero circo de gladiadores, en el que el

espectador podía admirar, desde sitio seguro por supuesto, la destreza con que unos cuantos fornidos mancebos arrojaban gruesas piedras a larga distancia, sin cuidarse en lo más mínimo de los transeúntes. Este delectable espectáculo, se hallaba amenizado con las proezas de algunos rapaces, que intentan rivalizar con los antiguos londeros de las Bileares, a los cuales deben dejar en breve muy atrás, según la agilidad con que manejan la honda.

A pesar de haber durado estas operaciones la mayor parte del día, no produjeron afortunadamente más desgracias, según nos han referido, que las de recibir una pobre mujer una pedrada en la nuca, otra en la mano un niño pequeño lo que jugaba a la puerta de su casa, y unos cristales rotos.

Los habitantes del bar de Chiamberí, como todos los de las afueras de Madrid, agradecerían en el alma que se cortase de raíz, cuanto antes, este estado de cosas, mucho más insostenible que el estado de sitio, así por ser indigno de una citta culta, como por los sobornos y peligros que ocasiona a los tranquilos moradores que tienen la desgracia de tocar muy de cerca sus consecuencias.

Ayer mañana fueron conducidos a la cárcel sesenta y cinco individuos de los que acostumbraban a ir todos los días delante de la parada, promoviendo grandes escándalos y aun golpeando a las personas que encontraban a su paso.

Desde las nueve de la mañana se hallaban tomadas las avenidas de la plaza de Santa María por algunos guardias civiles.

Al llegar la parada a la altura de los Consejos, se detuvo de pronto y extendiendo sus últimas mitades hasta cerrar en toda su anchura la calle Mayor, mientras los gastadores que marchaban a la cabeza de la parada cerraban el cuadro, dio tiempo a que la Guardia civil se apoderara de los sujetos de todas edades, contra los que se había preparado la medida, dejando continuar su camino libre y tranquilamente a todas las demás personas.

Los detenidos fueron conducidos en el acto por fuera de Madrid a la cárcel del Saladero, para que los tribunales averigüen la culpabilidad que pueda caberles y aplicar a los que resulten vagos o criminales, el castigo que marcan las leyes.

Verdaderamente era un espectáculo deplorable, el que en más de una ocasión hemos hecho notar, el que con este motivo se ofrecía a los habitantes de la citta.

La correspondencia extranjera que debió llegar ayer a esta corte no pudo verificarse por haber descarrilado el tren entre Barrocas y Pinar. Hoy han llegado a Madrid las dos expediciones, una por el tren express, y otra por el tren misto.

Una respetable casa de la Habana ha mandado hacer en Galicia grandes acopios de cuartos de vaj y otros objetos de mesa de la misma madera, cuya industria pasa como de desapercibida en España, y podría ser fuente de grandes recursos para las fértiles y laboriosas provincias de Galicia.

En la Caja de Ahorros de Madrid ingresaron ayer 159,819 rs., importe de 2,272 importaciones, de los que 122 fueron de nueva entrada. También se reintegraron 259,785 rs. 3 céntimos, importe de 168 pagos, 135 por saldo y 43 a cuenta.

D. Placido Castro Verde, vecino de París, ha solicitado privilegio de introducción de un aparato eléctrico para prevenir o hacer imposibles los robos llamado *Campanilla eléctrica de seguridad* con corriente constante.

En la pasada semana se presentó al ministerio de Fomento a la firma de S. E. la cédula de los privilegios concedidos a D. José Donnard y otro de París, de un nuevo sistema para conservar fresca toda clase de bebidas.

A D. Mariano Lorente, de Victoria, de un aparato para rayar y demarcar con rapidez y por duplicado, que denomina *Polígrafo locomotivo*; y a D. José Siena y Paya, de Sevilla, de un procedimiento para hacer tarjetas con inscripciones fotográficas.

También han sido informados favorablemente por el negociador de privilegios, los expedientes de D. Estanislao Toral y otro vecino de París, la de un cemento magnético para la aglomeración, la agregación, el moldeado y otros usos artísticos, de D. José A. Loubal, de París, de un sistema perfeccionado de locomoción por caminos de hierro; y el de los señores L. A. Veld, E. F. Fosse y L. A. Fosse, de París, de una nueva disposición para parar los wagones y demás carruajes de los caminos de hierro.

Por el gobierno de provincia de Madrid se ha pedido a los encargados y superiores de todos los establecimientos y sociedades de beneficencia, tres ejemplares del reglamento que rija en los asilos o sociedades, cuya dirección tienen encomendada.

Se nos ruega llamemos la atención del señor alcalde-corregidor y del ingeniero señor Castro acerca del lamentable estado en que se halla el piso de la calle del Sur, la más importante del barrio de las Delicias. La corporación municipal acordó los medios para que se llevarán a cabo las urgentes reformas que reclama aquella barrida, y aunque se ha anunciado la subasta para el desmonte y apertura de una calle, no se ha dado principio aún a la ejecución y terraplén de la del Sur, siendo incalificables los perjuicios que están sufriendo los propietarios de aquella zona y los establecimientos industriales que en ella existen y los cuales producen al ayuntamiento diariamente una crecida cantidad.

Consistirá esto en que el teniente alcalde de aquel distrito sea menos celoso y activo que el del distrito del Norte. Lo decimos porque así parece deducirse del grande impulso que se da a las obras de la puerta de Santa Bárbara y paseos que conducen a la Puente Castañeda, mientras la mayor parte de la ronda y cercanías de Madrid se encuentran completamente abandonadas y aun obstruidas en muchos puntos.

PARTE RELIGIOSA.

SANTO DE HOY. Santa Dorotea, vírgen y mártir.

SANTOS DE MAÑANA. San Ricardo, Rey, y San Romualdo, Obispo.

CULTOS.

Se gana el jubileo de Cuarenta horas en la iglesia de monjas Trinitarias, donde por la mañana habrá Misa mayor y por la tarde vísperas de San Juan de Mata y reserva.

En San Sebastián habrá Misa cantada a las diez, estando su Divina Majestad de manifiesto hasta las doce.

Por la noche habrá ejercicios en San Ignacio, Italianos, Oratorios y Bóveda de San Ginés.

VISITA DE LA CORTE DE MARIA.—Nuestra Señora La Divina Pastora, en San Antonio del Prado ó en San Cayetano.

Se reza de San Romualdo, Abad, con rito doble y color blanco.

PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.

S. M. la Reina nuestra señora (Q. D. G.) y su augusta Real familia, continúan en esta corte sin novedad en su importante salud.

ULTIMA HORA.

SENADO.

El Sr. Arrazola continúa su discurso contestando a las alusiones que el Sr. Bermúdez de Castro dirigió al ministerio que presidió el orador y al presidido por el duque de Valencia.

CORTES.

SENADO.

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SEÑOR DUQUE DE LA TORRE.

Sesión celebrada el día 5 de Febrero de 1886.

Se abrió a las dos y cuarto, y leída el acta de la anterior, fué aprobada.

El Senado quedó enterado de que el señor marqués de las Torres de la Presa participa desde Sevilla, con fecha 2 del presente mes, que una desgracia de familia le había obligado a ausentarse de esta corte.

Se anunció que los señores conde de Casas-Rojas, barón de Saillas y conde de Zamora de Riofrío, ingresaban respectivamente en las secciones primera, segunda y tercera.

ORDEN DEL DIA.

Segunda lectura y apoyo de la proposición sobre reforma del art. 92 del reglamento.

Leída la expresada proposición, dijo

El Sr. RENTERO Y VILLA: Pido la palabra para una cuestión previa.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene V. S.

El Sr. RENTERO Y VILLA: Señores senadores, el día 31 de Enero último anuncié una interposición al señor ministro de Gracia y Justicia, y el señor presidente del Consejo contestó que lo pondría en su conocimiento, y que señalaría previamente el día en que habría de tratarse. Este es un derecho que le concedo el reglamento y que yo respeto, creyendo por otra parte que una de las razones que habrá habido para no hacer la designación del día en que se ha de contestar a la interposición es el encontrarse el Senado ocupado en el debate del proyecto de mensaje a la Corona, y esta es una razón reglamentaria de la proposición que acaba de leerse.

Todos sabemos lo que previene el reglamento, de que interin no se discute el proyecto de contestación, no se entre a tratar otros proyectos que pueda haber de más ó menos urgencia. Podrá decirse que aquí no se trata sino del apoyo de una proposición; pero hay antecedentes que nos demuestran que ni aun estos asuntos se deben tratar antes de la discusión del mensaje.

El Senado recordará una proposición del señor marqués de Novales, de grande interés, que se refería al tratado celebrado con el Emperador de Marruecos, que tenía un término preciso para la ratificación, el que se cumplía a los pocos días. Se entró en la discusión del mensaje, sin darse segunda lectura de esta proposición, a pesar de haberse leído por primera vez el día 20 de Noviembre, hasta el día 4 de Diciembre para el que se anunció como orden del día, después que concluyera el debate sobre la contestación. Terminó este en efecto, y se entró en la cuestión de si se había de dar ó no segunda lectura de la proposición.

El ministerio manifestó que, principiándose en la otra Cámara al día siguiente la discusión del mensaje, no podía asistir, indicando el señor Presidente de esta Cámara, que era el señor marqués del Duero, que no se había dado antes segunda lectura por hallarse el Senado discutiendo el proyecto de contestación. El resultado de todo esto fué que hasta el día 17 de Diciembre no se pudo dar la segunda lectura.

Otro precedente tenemos en la cuestión previa suscitada por el Sr. Calonge, a quien se contestó que no se podía entrar en la discusión de otros proyectos antes que tuviese lugar la del mensaje, alegándose muchas razones para ello. Yo no tengo interés alguno en que no se tome en consideración la proposición del señor marqués del Duero, ni en que S. S. la apoye ó no; pero sí en que se observe el reglamento y se conserven las tradiciones y la jurisprudencia establecida por el Senado.

El señor SECRETARIO (Sevilla): Es exacto lo que acaba de decir el Sr. Rentero respecto a la proposición del señor marqués de Novales, que tenía por objeto nombrar una comisión para someter a su examen el tratado celebrado con el Emperador de Marruecos, y que al manifestar este señor senador que estaba dispuesto a apoyar su proposición, se contestó por el señor presidente del Consejo lo que S. S. ha manifestado y del mismo modo hay exactitud en el otro incidente referido; pero yo debo manifestar a su señoría que, tratándose de la iniciativa de los señores senadores en las proposiciones que tengan por conveniente presentar después del artículo que previene que se dé lectura de ellas, hay otro que dice que al tercer día se volverán a leer segunda vez, determinándose que se conceda la palabra a su autor para apoyarla, preguntando al Senado, ¿hecho esto, si la toma en consideración, y no es potestativo de la mesa dejar de hacer lo que previene el reglamento; siendo esta la razón de que el señor presidente haya señalado para hoy la segunda lectura de esa proposición.

Y para que vea el Sr. Rentero que cuando se trata de precedentes pueden citarse en uno y otro sentido, tenemos en el año pasado el de una proposición acerca de la contratación de carbones, para cuyo apoyo se interrumpió el debate de la contestación al discurso de la Corona.

El Sr. RENTERO Y VILLA: No ha sido mi ánimo dirigir imputación alguna a la mesa, debiendo decir respecto a lo que previene el reglamento acerca de que se dé lectura a los tres días, que eso será si se puede, si no hay una causa mayor que lo impida. Ya sé yo lo que puede suceder con las citas de los precedentes; pero he mencionado tan tan preciso que no podía ofrecer duda, y lo mismo sucede con el de la proposición previa del Sr. Calonge.

El Sr. SECRETARIO (Sevilla): Ciertamente es que el señor Calonge apoyó su proposición; pero también lo es que la retiró sin que llegase resolución sobre ella. De consiguiente no podemos saber cuál hubiera sido la opinión del Senado en ese asunto.

El Sr. CALONGE: Yo no presenté proposición, sino que propuse una cuestión previa, lo cual no es aplicable al caso presente.

El señor marqués del DUERO: El Sr. Rentero parece que a quien dirige una imputación es a quien tiene el honor de dirigir la palabra en este momento al Senado, pues dice que en una ocasión no dejó al señor marqués de Novales apoyar su proposición y que ahora no estamos en el caso de que se entre en el apoyo de la que, en unión de otros señores senadores, he creído oportuno presentar; pero S. S. comprenderá que dada segunda lectura de ella he tenido que pedir la palabra para apoyarla, conforme dice el reglamento; debo manifestarle que todos los que ocupan aquel puesto saben guardar a los señores senadores todas las consideraciones que se merecen, y cuando creen que hay algún inconveniente para apoyar una proposición lo dicen a su autor por si quiere dejarlo para otra ocasión, y así se ha hecho siempre y estoy seguro que continuará haciéndose. (El señor marqués de Novales pide la palabra.) He visto que el señor marqués de Novales pide la palabra, sin duda no medió esa circunstancia entonces; basta que S. S. lo diga, yo siempre creo que me equivoco; pero mientras tanto yo hubiera podido haber apoyado mi proposición sin que se hubiese perdido tanto tiempo. Por lo demás, entre la proposición del señor marqués de Novales y la mía hay la diferencia de que esta es del momento y la de S. S. no lo era.

El Sr. RENTERO Y VILLA: El señor marqués del Duero ha entendido sin duda mal cuando ha dicho que yo le acusaba de no haber permitido la segunda lectura de la proposición, pues lo que he manifestado es que siendo S. S. presidente de esta Cámara se dió la primera lectura, y no se intentó la segunda hasta después de transcurridos los días que he indicado.

El señor marqués de NOVALES: Nada estaba más lejos de mi ánimo, señores senadores, que el tomar la palabra en esta cuestión; pero he creído de mi deber hacerlo al oír lo que ha manifestado el señor marqués del Duero respecto a las consideraciones que los señores presidentes de las Cámaras tienen para con los señores senadores, recordándome esto la ninguna que en aquella ocasión debió tenerse, puesto que se negaba una y otra día a que se diese segunda lectura, fundándose en que el reglamento y práctica hasta entonces seguida lo impedían. Debe advertirse que lo que yo pedía en mi proposición era una cosa en que estaba interesado el bien público, y era de un interés más inmediato que la de que ahora se trata, pues por mucha que sea la celeridad con que quiera procederse, no podría tener ya aplicación en la actualidad, aun cuando fuera aprobada en el menor tiempo posible. Por el contrario mi proposición se refería al tratado celebrado con Marruecos, en el que se decía que en el término de 20 días se habían de cañar las ratificaciones, término que debía principiar a correr desde que Muley el-Abbas volviese a Tánger, y los días iban ya transcurriendo.

He hecho estas explicaciones con el único objeto de contestar a la alusión que se me ha dirigido, sin que por esto se crea que me ha podido mover interés alguno de dilatar la segunda lectura de la proposición. Y con esto ruego al Senado me dispense por haber distraído su atención en este momento.

El señor marqués del DUERO: Renuncio a rectificar.

El Sr. PRESIDENTE: Queda terminado este incidente.

El señor marqués del Duero tiene la palabra para apoyar su enmienda.

El señor marqués del DUERO: Sólo con breves palabras puedo ocuparme de una proposición que tiene por objeto reducir una discusión que es demasiado larga, cuando siempre tiene el mismo resultado, y en la que el reglamento previene que no haya votación definitiva; y si bien autoriza la presentación de enmiendas, determina que sean dos sólo; las que más se separan del dictamen, las que se han de discutir, por lo cual queda íntegro el proyecto, salvo aquellas enmiendas que acepta la misma comisión y el Gobierno.

Y sucede, señores, que el ministerio que aparece con mayoría en la discusión del dictamen de contestación, a los pocos días tiene que retirarse por hallarse con una mayoría en contra en el primer proyecto de ley que se presenta, lo que demuestra la ninguna necesidad de dar tanta extensión a este debate.

En cada legislatura se invierten desde seis hasta 17 días en el Senado; después se suspenden las sesiones porque el Gobierno tiene que ir al otro Cuerpo colegislador, y antes de entrar en la discusión de los proyectos de ley de que deben ocuparse las Cámaras, y que son de importancia para el país, pasan desde 21 días hasta 56; 34 días por término medio, sin resultado ninguno, defraudándose las esperanzas del país, que espera con impaciencia se trate de leyes, que son de mucho interés para él.

Aquí tengo un estado del que aparece que en algunas legislaturas han quedado sin discutirse 17 ó 18 leyes importantes, como la de enjuiciamiento criminal, ley de aguas y otras de suma importancia, algunas de las que se han presentado dos y tres veces a los Cuerpos colegisladores, sin contar con que la ley de presupuestos hay necesidad de discutirla en muy pocos días, pues por término medio se vota a los cuatro ó a los cinco. En la conciencia de todos los señores senadores estará que sería mejor emplear en esas leyes el tiempo que se invierte de más en este debate, que debería durar muy poco, y ese es el objeto de la proposición que varios señores senadores y el que tiene la honra de dirigir la palabra al Senado en este momento, hemos creído de nuestro deber presentar, esperando que este alto Cuerpo se sirva tomar en consideración, si condesciende de que lo hará por una gran mayoría, siendo esto un consejo para los que tienen a la palabra, pues todos los señores senadores estarán convencidos de que debe reducirse todo lo posible este debate, y que en lugar de una discusión estéril, debemos emplear el tiempo en asuntos de más importancia para el país.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: El Gobierno no tiene por su parte ningún inconveniente en que se tome en consideración y esto lo puedo decir con tanta más franqueza, cuanto que no ha de tener aplicación en el actual debate.

Hecha la oportuna pregunta, quedó tomada en consideración, anunciándose que pasará a las secciones para el nombramiento de comisión.

El Sr. PRESIDENTE: Continúa el debate pendiente sobre el proyecto de contestación al discurso de la Corona.

El señor marqués de Miraflores sigue en el uso de la palabra para alusiones personales. El señor marqués de MIRAFLORES: No abusaré, señores, de la benevolencia que me dispensa el Senado, procurando molestiarle lo menos posible. Sin em-

bargo, antes de continuar mi interrumpido discurso, debo decir respecto de la proposición del señor marqués del Duero que en ella se propone el sistema inglés, y yo me asocio generalmente á él, porque ese sistema, respecto á prácticas parlamentarias, es el más adelantado; debiendo añadir, respecto á la alusión que S. S. ha hecho á los que teníanos pedida la palabra en este debate, que si se adoptase ese sistema, entonces se procederá con arreglo á él; pero hasta ahora hemos seguido otro, y hay que aceptarlo con todas sus consecuencias, y sobre este punto el señor presidente del Consejo de ministros ha dicho ya con oportunidad que no había de tener aplicación en este debate.

Es de notar, en esta parte, que no es culpa de nadie que en la discusión se aluda á determinadas personas, y que estas se crean en la necesidad de responder á la alusión, y en esta misma sesión hemos visto al señor marqués del Duero pedir la palabra con este motivo, no siendo por lo tanto de extrañar que yo use de la palabra, habiendo sido aludido el señor ministro de Estado; y es de advertir que, aun cuando tengo pedida la palabra en el debate sobre el dictamen, he creído que no debía dejar la alusión para entonces, porque la alusión es relativa á la cuestión de Italia y no hablaré siquiera una palabra de ella después, toda vez que esta cuestión la va á decidir el Senado al votar la enmienda del Sr. Seijas.

Viniendo á la cuestión, debo decir, que yo ni por asomos traté de decir, que nunca quería reconocer el reino de Italia: lo que traté de probar es que me parecía expuesta la ocasión en que se verificaba; y precisamente cuanto más cuidado ponía el señor ministro de Estado en probarme el deseo del Gabinete de mirar por la defensa de Su Santidad, más me convenía yo de que no debía haberse hecho ese reconocimiento, porque no creo bastante asegurados los derechos del Sumo Pontífice. Pero he indicado el señor Bermúdez de Castro que el reconocimiento favorece la situación de España para proteger mejor los intereses del Santo Padre, y yo sé yo cómo puede decir esto S. S., pues aun cuando se me quiera indicar que en el caso de que ocurriera el lamentable suceso de que el Sumo Pontífice se viera obligado á salir de Roma de una ó otra manera, no habría adelantado la España nada con no haber reconocido, yo diré que habría conseguido el conservar su dignidad en presencia de las circunstancias, siguiendo su misión histórica, como dije en la última sesión; y lamentando con lágrimas en los ojos la suerte del Sumo Pontífice, esperar otras circunstancias mejores.

Debe tenerse presente, respecto al tratado de 15 de Setiembre, que los documentos oficiales demuestran el temor de que se lleve á perfecto cumplimiento, porque lo relativo al ejército pontificio ofrece muy poca confianza, y esto, no sólo por la idea que se tiene de esos soldados, sino porque la fuerza del Pontífice no consiste en esa fuerza material, sino en la moral, en la que le dan 200 millones de católicos, que cuando se acercan á sus puertas se hincan de rodillas para recibir su bendición.

Creo, pues, que no debía haberse hecho ese reconocimiento, conservándose la España en completa libertad de acción para ejercer la influencia que debe tener cuando la oportunidad se presentare, y si la Francia volvía sus fuerzas allí para sostener al Padre Santo después de retiradas, favorecer la acción de ese país; porque, señores, yo tengo cierto escrúpulo respecto á la salida de los soldados franceses de Irán, si, de Roma á los dos años; pero el Senado comprende que en la ocupación de Roma por las tropas francesas van envueltas dos grandes cuestiones que es necesario tener muy presentes para poder apreciar los sucesos.

Creo con esto haber contestado á la alusión, y por consiguiente concluyo manifestando que para mí no es esta una cuestión de oposición, porque yo no soy hombre que la hace á los Gobiernos, sino que es una cuestión de íntimo convencimiento, pues creo que era infinitamente más ventajoso á los intereses de España el reconocimiento de Italia.

El Sr. SEIJAS LOZANO: Los señores senadores saben que no tengo mucha afición á rectificar, y me había propuesto terminar mi participación en este debate con el discurso que tuve el honor de pronunciar en apoyo de la enmienda; pero el señor ministro de Estado me ha dirigido cargos tan directos y alusiones hechas ofensivas, que no puedo menos de contestar rectificando los hechos, para hacer ver á su señoría cuán distante ha estado de la exactitud en la apreciación de esta cuestión.

Principió el Sr. Bermúdez de Castro diciendo que esta cuestión era la que las oposiciones tenían preparada para dar la batalla á este ministerio desde que subió al poder, y no me puedo explicar cómo S. S. ha podido concebir semejante idea. El señor ministro de Estado se ha olvidado, sin duda, del cargo que se dirigió al partido moderado, después que S. M., en uso de su prerogativa llamó á dirigir los destinos del país al señor duque de Tetuan, y nunca he visto que se haya verificado un acuerdo de esa clase, dispersándose todos los individuos que habían de concurrir á él, y quedando yo sólo en este sitio, de lo que también se ha formado un cargo, no obstante de que si lo he así, fue porque habiendo creído que debía retirarme de la política para siempre, quise quedarme aquí para liquidar mis cuentas en esta parte. Pero sucedió que después de haberme marchado, se reconoció el reino de Italia, contra todas mis esperanzas, porque yo creía que, después de ver los datos que constaban en el expediente, eso no se verificaría; viendo, no obstante, que así había sucedido, volví á mi puesto, y después de estar ya en él, vi que habían acudido algunos de mis dignos compañeros, y asentimos todos á que era necesario sostener esta cuestión.

Y que no podía haber esa especie de conspiración que dice S. S., lo demuestra todavía más la gran cuestión que se debatió respecto al retraimiento, en la que los hombres de ciertas ideas creímos que se debía ir á las urnas, porque decíamos que los hombres del partido moderado no podíamos dar lugar á que se sospechase que teníamos ánimo de amenazar, si la abstención se llegaba á mirar bajo este punto de vista. Veo, pues, S. S. cómo no ha habido esa idea que nos atribuyen.

Que el partido moderado se alarmó, dice el señor ministro de Estado; y en efecto, no podía menos de alarmarse, aun cuando no hubiera tenido otras razones más que las de ver el hecho en sí, pero se agregaba á esto el que el reconocimiento se verificaba mirando también á otras consideraciones que un partido de orden como el moderado no puede tener en cuenta, pues sólo puede aceptar aquellas medidas que se

adoptan por elevadas consideraciones de justicia, y no las que reconocen por causa de temor á la revolución, porque las concesiones no hacen más que alentarla, y así lo demuestra la experiencia.

Respecto á si yo probé ó no en mi discurso la parte más importante de él, que era que el reconocimiento de Italia había sido espontáneo, inconveniente y perjudicial á los altos intereses del país, debo manifestar que lo hice en la forma que me pareció más oportuna; pero es una cuestión en la que, por mucho que se diga, siempre queda materia para poder ocuparse de ella; así es, que no me daba gran cuidado el haber usado de la palabra después que otros la hubieran tratado, porque es un campo tan vasto que siempre me hubiese quedado bastante que decir; esto sin perjuicio de reconocer desde luego que otros señores senadores podrían haberlo hecho mejor que yo; y creo que demostré que se había hecho en la peor ocasión posible, pues la prueba era muy fácil, como se habrá visto por los documentos publicados, porque habiendo la Francia indicado que nos adhiriéramos al convenio de 15 de Setiembre en los términos que se indicó ya en la sesión anterior, después de este ofrecimiento se fue derecho el ministerio á tratar con Víctor Manuel, poniendo por base de nuestro reconocimiento el partir del convenio de 15 de Setiembre, de lo que se desistió al decir Italia que no aceptaba, ocurriendo lo mismo respecto á otra condición que se proponía después respecto á examinar el convenio en vista de la respuesta de Italia de que aquel era un acto privado entre el Emperador y el Rey Víctor Manuel; modo de proceder que nadie puede aplaudir, cuando podía haberse adoptado el medio que presentaba la Francia, si ese reconocimiento se quería hacer.

Nosotros, en este punto, no podíamos hacer lo que el Sr. Bermúdez de Castro decía, pues por más que se haya indicado que el Nuncio de Su Santidad se hubiese explicado en el sentido que oyó el Senado, veíamos que lo que decía por un lado se contradecía por otros despaños, y deseábamos saber la voluntad del Sumo Pontífice, porque su causa era la nuestra y sus intereses los nuestros en esta cuestión, siendo preciso proceder con mucho pulso en ella.

Ligaba S. S. esta grave cuestión á la que tomó el nombre del negociador italiano, y sobre la que creo debe haber alguna indicación. Sabía Su Santidad que cuarenta y tantas diócesis estaban sin Pastor, y expuestas por lo tanto á los peligros que podían temerse de semejante estado de cosas, y creyendo que el Santo Padre que contraía una responsabilidad grande ante Dios si no trataba de poner remedio, creyó que podría establecer una negociación puramente eclesiástica para acudir á esa necesidad.

La mayoría de sus consejeros se oponía; pero el Papa, olvidando todo amor propio, se dirigió á Víctor Manuel para abrir una negociación con este objeto, el cual mandó á Vegezi, y no es este el primer ejemplo que ha habido en ocasiones más ó menos análogas. Se nos participó esa negociación, pues el Gobierno tenía noticia, como era natural, de todo lo que pasaba, y deseaba saberlo, y con este motivo ocurrió lo del despacho que citó S. S., cuya fecha fue el 14 de Junio, y el día 18 era el que se refería á las instrucciones por el correo, que no se pudieron dar porque en el mismo día presentó el Gabinete la dimisión, que se la admitió el 20.

También se ha ocupado S. S., para demostrar que estaba en la mente de aquel ministerio el reconocer el reino de Italia, de algunos de los discursos pronunciados por el Sr. Benavides, en que se expresaba que no decía que lo reconociera ni que no lo haría; lo que era muy propio del carácter del Sr. Benavides y de su modo de discutir, y todo el mundo aplaudió la forma que adoptó para contestar en esa cuestión, encerrándose en un círculo tal, que nadie podía encontrar lo que pensaba hacer; pero yo creo que el señor Tejada recordará que, tratándose del discurso de la Corona, ocurrió en su sección, que era la mía, en la que me interogó S. S. respecto á si ciertas palabras envolvían una declaración explícita en beneficio de Su Santidad, y también de los derechos de los Soberanos despojados; á lo que le contesté muy claramente que no había pasado jamás por nuestra mente reconocer el reino de Italia, y cuidado que estaba prevista una eventualidad que he consignado en mi enmienda.

Yo, señores, tenía entonces las mismas ideas que tengo ahora, y por consiguiente, creía que era imposible se presentase una cuestión que afectara más inmediatamente los altos intereses del Catolicismo que la del poder temporal del Papa y la libertad de su poder espiritual, siendo una cuestión que afecta á la civilización del mundo y en la que era preciso detenerse mucho antes de llegar á resolverla.

El señor ministro de Estado entró á ocuparse de la resena que yo había hecho respecto á los acontecimientos de Italia, y manifestó que yo había omitido el móvil principal que había impulsado á aquellos sucesos, y que era la dependencia de un país extranjero en que estaba la Italia. Yo no niego esa presión que se ejercía sobre Italia, y creo que nadie estará más arrepentido de ella que la nación que la ejercía; sin embargo, no puedo dejar de indicar á S. S. que si este fue el móvil, no se comprendió lo ocurrido en los Estados Pontificios, en donde el Soberano no era extranjero, pues por consideraciones muy elevadas hace ya tiempo que el elegido para Romano Pontífice es italiano, y en el mismo caso se encuentra la dinastía que regía en Nápoles, igualmente que la de Parma.

Además que está demostrada, como manifesté el otro día, la apreciación que hice de esos acontecimientos con los pocos votos que se obtuvieron en la elección de diputados y con los que se reunieron para la anexión, en la que se tuvo buen cuidado de no apelar desde luego al sufragio universal, sino que se empezó por elegir un dictador, sin que, á pesar de semejante presión, se obtuvieran los votos que se hubieran deseado, no obstante haberse empleado los medios de que los soldados echaban en las urnas las paletas á puñados, probando los hechos que han tenido lugar después en Nápoles, que aquel pueblo no era tan enemigo como se suponía del Borbón, y no comprendo lo que el Gobierno de S. M. dice respecto á que el reconocimiento no induce la aprobación de los hechos, sobre los que se ha reservado la libertad de apreciación, toda vez que los despaños que han mediado no expresan nada de esto.

Pero llegó el Sr. Bermúdez á decir que el Papa, si no había aplaudido el reconocimiento, lo aprobaba. (El señor ministro de Estado: ¿Dónde está eso?) Yo lo apunté; pero si S. S. lo ha rectificado.... (El

señor ministro de Estado: No he rectificado nada.) Bien; sea como quiera, me felicito de que S. S. diga que no ha querido atribuir al Soberano Pontífice una suposición que agravaría sus dolores. ¿Y de dónde podría tampoco deducirse semejante idea? ¿Acaso de los debates que el Papa ha sostenido con Potencias poderosas? Pero, aunque el Sr. Bermúdez rectifique tal aseveración, no me negará algunas frases de sus despaños, de las que se desprende que la principal razón que tuvo el Gobierno para reconocer á Italia fue una muy parecida á la indicada. (S. S. leyó algunos párrafos de un despacho del señor ministro de Estado.)

Es decir, que no fué otro sino la de que el Pontífice, llevado de la plenitud de ese celo que todos le reconocen, dice: «A mí no me importa absolutamente nada lo temporal; antes que Rey soy Papa; antes que por mis súbditos debo mirar por mis ovejas.» ¿Y quiere invocarse esto como razón para que los países católicos se consideren autorizados á separarse del Jefe de la Iglesia? ¿Es acaso esta la lógica del Gobierno?

Decía también S. S. que toda Europa había reconocido á Italia menos una sola nación, y que, aun refiriéndose á España, sólo se oponía á él un partido; pero el Sr. Bermúdez de Castro olvidaba que yo confesé desde luego que la Europa entera estaba fuera del derecho al reconocer usurpaciones injustas, y que por este camino volveríamos al tiempo de la Edad media, proclamando el triunfo de la fuerza sobre la razón y la justicia. Y en cuanto á lo que sostuvo en seguida S. S. manifestando que ese derecho no existe, supuesto que España ha reconocido en otros tiempos sucesos que pueden calificarse de ataques verdaderos al mí-mo, yo le contestaré que nunca, 20 hechos malos ejecutados autorizaban á ejecutar otros de la misma índole.

Pero el señor ministro de Estado, con uno de esos medios oratorios que S. S. llamaba estrategia parlamentaria, me arguye, creyendo colocarme en mala situación, diciendo: ¿y bien, quiere el Sr. Seijas ir en defensa de los derechos de Su Santidad hasta la guerra? Yo le contesté al punto afirmativamente; y ahora añado que una vez que oíramos de acuerdo con las demás potencias católicas, no había que temer la guerra, supuesto que no nos la había de declarar Italia.

Mas donde estuvo el principal empeño del Sr. Bermúdez de Castro, fué en querer demostrar que el Gabinete del señor duque de Valencia se inclinaba al reconocimiento, por lo cual S. S. se fundaba en algunas palabras del Sr. Benavides, añadiendo que yo estaba a su lado. En primer lugar este último no es exacto, pues como ministro de Estado el Sr. Benavides ocupaba un asiento bastante distante de mí, que desempeñaba la cartera de Ultramar.

Pero en fin, S. S. querrá decir que ocupábamos el mismo banco. Y siéndonos así, yo francamente lo tengo por costumbre y por carácter, declaro á S. S. que mi opinión era no reconocer el reino de Italia sino en el único caso de que lo exigieran los altos intereses del catolicismo; y tampoco la cita del Sr. Benavides prueba lo contrario respecto á las intenciones de aquel Gabinete, pues así constatar nuestro compañero, al Sr. Alarcón sobre la capital de Italia, al tratar de su traslación á Florencia, no hacía más que consignar un hecho, y lo que era también un derecho para los italianos.

Lamentablemente estuvo inexacto el señor ministro de Estado al combatir una frase que yo pronuncié; pero sin duda S. S. traía preparado un largo período, con motivo de lo de las tres Coronas, y S. S. no quería renunciar á reclamarse.

Sin embargo, señores, fué algo más que un período y una frase lo que S. S. hizo al combatir los derechos de la Reina á los Ducados de Luca y Parma y á la Corona de las Dos Sicilias. Confieso ingenuamente que esto no podía esperarlo de un ministro de S. M., y mucho menos que el Sr. Bermúdez olvidara al expresarse, como se expresó nuestra propia historia, la famosa nota del señor marqués de Pidal y la protesta escrita por nuestro ministro en Turín, Sr. Coello, y aprobada por el Gabinete del señor duque de Tetuan en 1861, donde se consignaban esos derechos y los precedentes que los aseguran, que no arrancan por cierto, como pretende S. S., del acta de Viena, sino de un tratado solemnemente celebrado por el Rey Carlos III y por la Emperatriz María Teresa de Austria.

El Sr. PRESIDENTE: Señor senador, advierto á su señoría que hace hora y media que está rectificando.

El Sr. SEIJAS LOZANO: La culpa no es mía, señor presidente, sino del que me obliga á deshacer las muchas inexactitudes que me ha atribuido. Y, señores, cómo había de pasar en silencio que se nieguen los derechos de nuestra Reina y su dinastía por un ministro dentro del Parlamento, sin protestar cuando menos de esas palabras? Asimismo tampoco es justo el señor ministro al asegurar que el ex-Rey de Nápoles ha perdido sus derechos porque dejó su reino, cuando la Europa entera fué testigo de su conducta en Gaeta, donde llevó la defensa de su Corona hasta un extremo que atrajo sobre sí la admiración de todas las naciones.

Concluyo, señores, haciéndome cargo del consejo que el Sr. Bermúdez se sirvió dirigirme en contestación al apóstrofe con que terminé mi discurso anterior, diciendo que mi manera de obrar no es agradable á Dios. Estimó la observación del señor ministro; pero aunque no soy aficionado á las cuestiones teológicas, no puedo menos de decir á S. S. que en este punto sigo á la Iglesia docente, me atengo á lo que la Iglesia me enseña y nada más. He dicho.

El Sr. HUET: Se me han hecho, señores, varias alusiones, y el Senado conocerá que estoy en el caso de contestar á ellas; pero antes de hacerlo, necesito obtener la vena del señor presidente. Lo que yo he de decir es referente á una enmienda presentada por mí, y que era la más completa impugnación del reconocimiento del reino de Italia; para tratar este asunto he de ser algo extenso; y si el señor presidente no me lo permite, me limitaré puramente á lo que prescribe el reglamento.

El Sr. PRESIDENTE: V. S. comprenderá que no está en mi mano permitirle la latitud que desea; V. S. puede, sin embargo, contestar á la alusión personal como crea conveniente.

El Sr. HUET: Respecto á la autoridad del señor presidente, si bien debo recordar á S. S. que aquí se ha tolerado, con motivo de alusiones personales, hablar extensamente del punto sometido á discusión, me limitaré, pues, á usar de mi derecho; pero ruego á su señoría no me interrumpa, creyendo que me aparto de mi propósito.

Señores, tendrá presente el Senado que siempre que he levantado mi débil voz en este sitio después de los escandalosos sucesos, merced á los cuales se ha formado la unidad italiana, no he desperdiciado ocasión de impugnar cuanto en aquel país se hacía en contra de derechos y de intereses sagrados y en daño, sobre todo, del Sumo Pontífice. En 1862 protesté, en defensa de la unidad católica y lo más sagrado que hay entre el derecho de gentes, contra los hechos que se llevaban á cabo en Italia; posteriormente entraron á mandar las personas á quienes más allegado estoy por amistad política, y el año pasado, cuando se trajo aquí con motivo del discurso de la Corona, todavía, sin desconfiar de aquel Gobierno, me levanté á decir algunas pocas palabras en contra de la posibilidad del reconocimiento efectuado, siguiendo este se hubiera hecho por mis amigos los moderados; vino la cuestión de presupuestos, y en el seno de la sub-comisión de Estado volví á oponerme energicamente á la eventualidad de semejante acto, fundándome en la traslación de nuestro encargado de Negocios á Florencia y la supresión de nuestra legación en Turín. Y por último, al presentarse el actual ministerio y declarar su presidente sus intenciones respecto al reconocimiento de Italia, faltóme el momento de subir á esa tribuna para continuar mis protestas en el mismo sentido. Tales son, señores, los antecedentes que me movieron á redactar una enmienda al proyecto de moción, firmada además por otros amigos míos, como los señores marqués de Vaamonde, conde de Cheste y conde de Torre Díaz, la cual pareció excesivamente radical, como ahora se dice, juzgándose más oportuno que se formulara otra en términos menos fuertes, que es la que ha sostenido el Sr. Seijas.

Sin embargo, sin faltar al señor presidente, y á propósito de la alusión personal, debo manifestar los fundamentos de mi enmienda. Eran los siguientes: primero, impugnar al reconocimiento de Italia, error más profundo y funesto en que ha podido incurrir un Gabinete, pues ese acto envuelve necesaria e inevitablemente el aniquilamiento del poder temporal del Papa....

El Sr. PRESIDENTE: Sr. Huet, V. S. sabe lo que ocurrió con su enmienda, y que la mesa tuvo entonces una condescendencia de que en este momento debía arrepentirse. V. S. se queja infundadamente.

El Sr. HUET: No señor, no me quejo; estoy únicamente exponiendo los motivos por que la presenté.

El Sr. PRESIDENTE: Está V. S. apoyándola; de modo, que serán tres y no dos las enmiendas discutidas, cosa contraria á lo que establece el reglamento.

El Sr. HUET: Pero señor presidente, si en la enmienda consiste la alusión, ¿cómo puedo dejar de hablar de ella, ni del reconocimiento de Italia, que era su objeto?

Decía, pues, que este acto envuelve necesariamente el aniquilamiento del poder temporal, si quiera sea de una manera transitoria, pues estoy firmísimamente convencido de que la Silla apostólica, reobrará al un día todos sus fueros y derechos. Además, con el reconocimiento de España se ha rebajado, casi se ha degradado ante las Potencias de Europa, pues siendo España un país eminentemente católico, ha faltado á sus tradiciones y al deber que su misión le imponía.

Y si yo no tuviera sobre mí la presión de la mesa, probaría al señor ministro de Estado y á la Cámara hasta dónde llega el carácter religioso que la Divina Providencia nos ha conservado como un bien el más apreciable; y señores, cuando por motivos mezquinos se ha reconocido el reino de Italia, y aparecemos ante el mundo contrariando nuestro genuino carácter, claro es que nos habremos rebajado, perdiendo al mismo tiempo toda la autoridad para tratar este asunto.

El Sr. PRESIDENTE: Eso no es relativo á la alusión personal, y ruego á V. S. que no discuta su enmienda, porque está completamente fuera del reglamento.

El Sr. HUET: Señores, puesto que se aboga mi palabra, voy á sentarme, y sólo diré á los señores ministros: ¿tenéis á gloria haber reconocido á Italia? Pues lleváosla toda con vosotros, que nosotros no la queremos; nosotros creemos que con ese acto se echa un borron sobre los pergaminos de nuestra historia, y con nosotros lo creen muchos señores senadores que votarán la enmienda, y fuera de aquí 200 millones de católicos....

El Sr. PRESIDENTE: Señor senador, no puedo permitir que V. S. continúe como lo está haciendo, pues ha podido pedir la palabra en contra, y entonces hubiera tenido libertad para decir todo lo que le pareciera conveniente.

El Sr. HUET: No prosigo, señor presidente, pero siento ser el primer senador á quien se aplica con todo rigor el art. 75 del reglamento.

El señor marqués de VAAMONDE: Tengo el segundo turno en contra de la totalidad, y desearo no molestar al Senado, me reservo el derecho de contestar entónces á la alusión que se me ha dirigido.

El Sr. ARRAZOLA: Señores, no voy á hacer un discurso, pues ni tengo materia con que nutrirlo, ni de salirme del límite prescrito á las alusiones personales, por más graves que sean las que á mi humilde persona se han referido.

El señor ministro de Estado calificó, en efecto, de un modo duro á las administraciones anteriores á la de S. S. desde el año 63, acusándolas de inercia ó abandono, y á la mía de total olvido, respecto á la defensa de los intereses de Roma, así como también de traer la Religión como máquina de guerra, haciéndonos además otras inculpaciones graves, no ménos por el alto sitio que ocupa la persona que las fulmina, como por la importancia de la materia.

Ciertamente, señores, la cuestión que se debate, aunque se pretenda empujarse, es una cuestión muy grande, es la cuestión que se agita hoy en los Parlamentos de Europa, es la cuestión que preocupa en los consejos de la política.

Y no puede ser otra cosa; para unos es puramente religiosa, para otros es política; ello es que más que una cuestión de Gabinete, más que una cuestión de partido, sería suficiente para ser una cuestión nacional; pero de todos modos es imposible desconocer que es una cuestión religiosa, y principalmente para un pueblo eminentemente católico, que tiene por Soberana á la augusta Isabel, católica por excelencia.

Todo cuanto se a escrito sobre esta cuestión revela su carácter esencialmente religioso. El mismo Gobierno de S. M., al hablar de la conservación del poder temporal del Papa, dice lo siguiente: (Léyó.) «Os parece, señores, el testimonio concreto al caso? Pues es del Gabinete del señor duque de Tetuan en 1861, hablando por boca del señor ministro de Estado, señor Calderón Collantes: ¿Queréis otra prueba? ¿Cono-

ceis un personaje político más estandido, en la cuestión de Italia que el Emperador Napoleón III? Pues oíd cómo se expresaba en 1863. «Urga, decía, una carta dirigida á su ministro señor Taouzan, que la cuestión romana reciba una solución definitiva, porque no es solamente en Italia donde tiene en agitación los espíritus, sino que esta agitación se extiende á todas partes, y es porque toca á la fe religiosa y á la fe política.» Tíese razón el Emperador Napoleón, pues la fe religiosa y la fe política son los ejes sobre que gira la esfera de la civilización humana.

Y hechas estas observaciones, paso á ocuparme de la acusación que se nos ha dirigido por haber abandonado, según se dice, la cuestión de Roma, explicando las razones de nuestra conducta. Ya el señor Seijas ha contestado victoriosamente sobre esto; pero yo quiero corroborar sus indicaciones, defendiéndolas de la suposición que se nos atribuye. ¿En qué se fundó el señor ministro de Estado? En las palabras años reservados la libertad de acción para apreciar los efectos del tratado de 15 de Setiembre, pronunciadas por el señor Benavides. ¿Y qué, la libertad de acción se limita á determinados fines? No, señores, nosotros nos reservamos esa libertad cuando los sucesos no eran todavía conocidos; yo podría haber llegado al reconocimiento del reino de Italia; pero me detenia ante los respetos de la integridad de la Santa Sede, pues los católicos estamos obedientes á la Iglesia, á la última palabra del Pontífice; y si un día este *pro bono pacis* llegara á aceptar los hechos consumados en Italia, ninguna solución más agradable podría haber que la que viniera del Padre común de los fieles. Pues bien, si esa solución, por cualquiera causa, pudiera verificarse, ¿por qué no se había de aplicar á ella la libertad de acción que nos reservamos?

El Sr. PRESIDENTE: Señor senador, han pasado las horas de reglamento.

El Sr. ARRAZOLA: Estoy siempre á la disposición de la mesa.

El Sr. PRESIDENTE: Se suspende esta discusión, la cual continuará mañana.

Se levanta la sesión. Eran las cinco y media.

CONGRESO.
PRESIDENCIA DEL SEÑOR RÍOS Y ROSAS.
Extracto oficial de la sesión celebrada el día 5 de Febrero de 1866.

Abierta á las dos y cuarto, se leyó el acta de la sesión anterior y quedó aprobada.

Se anunció que el Sr. Peraita renunciaba el cargo de diputado, y que el Sr. Chacón (D. Ricardo) optaba por este cargo, si bien por estar enfermo no podía presentarse á prestar juramento.

El señor ministro de HACIENDA: Tengo una deuda con el Sr. Hurtado, y voy á pagarla. S. S. dirigió hace pocos días una excitación al Gobierno para que presentara los presupuestos. En esta misma semana tendré el gusto de leerlos.

El señor conde de Xiqueña reiteró esta excitación, acompañándola de cierta protesta que me obliga á decir algunas palabras. Me extraña que S. S. crea esta cuestión de tal gravedad, que juzgue necesario eximir de responsabilidad á la oposición. Pocas veces se han presentado los presupuestos tan pronto como van á presentarse ahora: la administración pasada no los presentó hasta el mes de Marzo. No quiero hablar de dolores de familia, porque la política no tiene enajenaciones; pero apenas abiertas las Cortes estalló una insurrección, y no era época esta la más á propósito para que el Consejo de ministros tratase de presupuestos. Pero no se ha perdido un día de tiempo, y espero que en otra ocasión el señor conde de Xiqueña sea más justo con el Gobierno.

El señor conde de XIQUEÑA: En la última sesión dirigí un ruego al Gobierno para que presentase los presupuestos. Al hacerlo estaba en mi derecho, y aun creo que debo felicitarle por ello, pues tenemos el gusto de ver aquí al señor ministro de Hacienda y de oír sus explicaciones.

S. S. quiere justificar la tardanza con la sublevación militar, y dice que nunca han venido antes los presupuestos. Si no los presento antes el ministerio anterior fué porque formado en Setiembre tuvo que proceder á unas elecciones generales. El actual, que está en el poder desde Julio, ha tenido tiempo de formarse. Además, si el ministerio anterior tardó en presentar esa ley, los hoy amigos de S. S. le hicieron graves cargos por su tardanza.

Así, pues, lo que yo hice el otro día fué un ruego, del cual me aplaudo.

El señor ministro de HACIENDA: Si S. S. se hubiera limitado al ruego, yo no habría contestado sino las primeras palabras que dije. Yo no he hecho más que exhibar una quijada amistosa, porque mi particular situación merecía de S. S., mi amigo, alguna consideración.

El señor conde de XIQUEÑA: Si yo hubiera sabido los dolores de familia que aquejaban á S. S. no hubiera hecho la pregunta.

El Sr. HURTADO: Yo no puedo rectificar sino una sola especie, porque respeto la situación del señor ministro de Hacienda. Cuando rogó á S. S. que trajera los presupuestos, no procedí con impaciencia. S. S. sabe cuán grave es la situación económica del país.

El señor ministro de Hacienda subió á la tribuna y leyó un proyecto de ley sobre caducidad de créditos contra el Estado, y otro con el fin de aminorar la Deuda flotante del Tesoro, dotando á la Caja de Depósitos de un capital activo de 110 millones de escudos en pagados de compradores de bienes nacionales.

El Sr. PRESIDENTE: Estos proyectos pasarán á las comisiones para el nombramiento de comisión.

El Sr. REINA: En la lista de diputados empleados que el ministerio de la Guerra ha dirigido al Congreso, figura mi nombre.

Esto debe ser efecto de equivocación, y yo ruego á la mesa que la subsane, porque no ejerzo cargo alguno.

El señor ministro de la GOBERNACIÓN: En la lista que ha remitido el Gobierno no se ha cuidado de examinar si los empleados que figuran en ella ejercían ó no cargo compatible con la diputación. He enviado la lista de todos los diputados empleados en servicio activo, y en este caso están los generales.

El Sr. REINA: Los generales de cuartel no pueden considerarse como empleados activos; pero de todos modos conste que no ejerzo cargo que me haga incompatible en este sitio.

El Sr. FAGES: Debo rectificar una inexactitud que he visto en el Extracto de la sesión anterior. Al dirigir una excitación al señor ministro de Hacienda, que le reitero en este momento, se me hace decir que un D. Gil Belluga sacó 8 ó 10,000 expedientes de los ar-

chivos de Gerona. Ni nombré Gil, sino D. Antonio Luis al visitador Belluga, ni hablé de 8 ó 10,000 expedientes, sino de cerca de 2,000. Deseo que conste esta rectificación.

El señor ministro de HACIENDA: Ya que el Sr. Fagés reitera su pregunta, diré dos palabras. Esta mañana he leído el expediente; pero no he tenido tiempo de examinarlo con detenimiento. Lo examinaré, y si en la ejecución de la Real orden de que se trata hay demasiada tirantez por parte de los agentes de la administración, yo haré que se cumpla con equidad como debe cumplirse; si para ello hubiere necesidad de alguna medida preventiva también la adoptaré.

El Sr. FAGES: Suplico á S. S., que adoptándola desde luego, mande que se suspenda la entrega de cantidades hasta que S. S. con vista del expediente pueda resolver lo que sea justo.

El Sr. LOPEZ DOMÍNGUEZ: A propósito de la pregunta del Sr. Reina, y teniendo la honra de venir mi nombre en la lista de los funcionarios públicos dependientes del ministerio de la Guerra, debo manifestar que teniendo un empleo en el ejército claramente incompatible con la diputación, al jurar el cargo de diputado, se entiende por la ley que renunciaba mi empleo; más sin embargo, á los pocos días solicité mi retiro del servicio militar, y ruego al Gobierno que así como remitió la nota de mi nombre con el empleo militar se sirva hacerlo también de la Real orden que recaiga concediendo dicho retiro para que pase igualmente á la comisión que haya de entender en las incompatibilidades.

El señor ministro de la GOBERNACION: Lo haré presente al señor ministro de la Guerra, que creo complacerá á S. S.

El Sr. LOPEZ DOMÍNGUEZ: Ya que estoy de pie, voy á dirigir varios ruegos al Gobierno de S. M. Hace días que mi amigo el Sr. Hurtado hizo una patriótica pregunta sobre el desgraciado suceso que tuvo lugar en las aguas del Pacífico, suceso que contestó el señor ministro; posteriormente llegó otro correo de aquellos mares y las noticias se cuentan en sentidos diversos: ruego al Gobierno manifieste al Congreso lo que haya de cierto en dichas noticias.

Se ocupa la prensa del armamento y salida á la mar de los puertos de Inglaterra de algunos buques que se suponen armados en corso bajo banderas chilenas y peruanas; esta noticia alarma naturalmente á nuestro comercio marítimo; hay gran perplexidad y zozobra en nuestros puertos del Océano y Mediterráneo; deseo, pues, que el Gobierno de S. M. nos diga en tanto cuanto sea posible si ha tomado prontas y energéticas medidas para poner á salvo nuestro comercio y las cosas de nuestro extenso litoral, tan amenazado al parecer, al mismo tiempo que diplomáticamente gestiona cerca de las naciones aliadas el cumplimiento de las leyes y recíprocos tratados en los conflictos que puedan sobrevenir.

Por último, habiendo abandonado el territorio de la República peruana nuestro representante en Lima, Sr. Albistur, que creo se encuentra en la capital de la Monarquía, sin saberse á punto fijo qué clase de relaciones ántenosos con aquel Estado, ruego encarecidamente al Gobierno de S. M. que con la posible premura se determine nuestra situación de amistad ó guerra con una República cuya equívoca conducta tanto puede perjudicarnos.

Creo, señores, que con esta pregunta me hago intérprete de los sentimientos del Congreso, y por consiguiente de la nación entera, que no negará al Gobierno todo el apoyo para que obre con decisión y energía en aquellas cuestiones que afectan al honor de nuestra bandera, y que puedan poner en peligro nuestros legítimos intereses.

El señor ministro de la GOBERNACION: Por grande que sea el patriotismo y celo de los diputados, son estas cuestiones tan delicadas, que apenas se puede hablar de ellas sin comprometer los intereses públicos. La última pregunta de S. S. pone al Gobierno en un grave compromiso, porque ni puede contestar que sí ni que no, y debe mantener, sin embargo, una opinión donde sea conveniente al bien público.

Desde el suceso de la Covadonga, no ha ocurrido nada en el Pacífico. Ha tomado el mando de la escuadra el brigadier Mendez Nuñez, y el Gobierno, que le ha confirmado en él, espera mucho de su pericia y patriotismo, y confía en que á sus órdenes la escuadra sabrá vengar los agravios que en Chile se nos han hecho.

Es cierto que algunos corsarios de Chile y el Perú han salido de la laguna. El Gobierno ha hecho con grande actividad y provecho, secundado por sus agentes diplomáticos, cuanto podía hacer, y sobre este punto no puedo dar más explicaciones.

El Gobierno se ha ocupado, no sólo de la defensa del litoral, sino también de la del comercio marítimo. No puede decir todo lo que ha hecho; pero los ministros de Guerra y Marina ocupan incesantemente de estas cuestiones y aprovechan todos los medios que están en su mano, y quizá algunos más, para poner á cubierto de todo riesgo el litoral y los buques mercantes.

Desde principios de Enero acompaña á la parada una porción de gente que por su modo de vestir y su edad parecía que debía estar trabajando ó estudiando. Se ha tratado de exhibir á esos infelices, y en algunos días han ido retribuidos á acompañar el relevo de las guardias. Hablo conmigo la autoridad militar, y yo no sólo no me opuse á que tomase la medida que ha tomado, sino que la excité á ello. La autoridad se limitó en los primeros días á hacer algunas demostraciones, indicando á los muchachos que se les iba á prender; pero dejándoles marchar.

Pero de pocos días á esta parte, esos que acompañaban la parada no se contentaban con eso, sino que pasaban junto á un puesto de fruta ó un panadero, y robaban los panes ó la fruta. La autoridad no podía consentir semejantes actos, y hoy se ha procedido á la prisión de los que acompañaban á la parada. Se sacó una lista de tres grupos: gente de oficio conocido á quien se puso en libertad, otros que son vagos y se enviarán á sus pueblos, ó hijos de familia que se entregarán á sus padres, llamados para que los recibieran, y otros que tienen fama de ser aficionados al ajeno y que serán entregados á los tribunales. Esto ha hecho la autoridad, y si el Sr. Candau se hubiera informado mejor, creo que no habría hecho su pregunta; pues tengo á S. S. por hombre de espíritu, de orden.

El Sr. CANDAU: No sé por qué S. S. ha recordado mi país. Si lo dice para hacer creer que soy aficionado á hipérboles, la verdad es que en el país de S. S. hay todavía quien nos gana á nosotros.

El Sr. CANDAU: No sé por qué S. S. ha recordado mi país. Si lo dice para hacer creer que soy aficionado á hipérboles, la verdad es que en el país de S. S. hay todavía quien nos gana á nosotros.

El Sr. CANDAU: No sé por qué S. S. ha recordado mi país. Si lo dice para hacer creer que soy aficionado á hipérboles, la verdad es que en el país de S. S. hay todavía quien nos gana á nosotros.

El Sr. CANDAU: No sé por qué S. S. ha recordado mi país. Si lo dice para hacer creer que soy aficionado á hipérboles, la verdad es que en el país de S. S. hay todavía quien nos gana á nosotros.

El Sr. CANDAU: No sé por qué S. S. ha recordado mi país. Si lo dice para hacer creer que soy aficionado á hipérboles, la verdad es que en el país de S. S. hay todavía quien nos gana á nosotros.

El Sr. CANDAU: No sé por qué S. S. ha recordado mi país. Si lo dice para hacer creer que soy aficionado á hipérboles, la verdad es que en el país de S. S. hay todavía quien nos gana á nosotros.

El Sr. CANDAU: No sé por qué S. S. ha recordado mi país. Si lo dice para hacer creer que soy aficionado á hipérboles, la verdad es que en el país de S. S. hay todavía quien nos gana á nosotros.

El Sr. CANDAU: No sé por qué S. S. ha recordado mi país. Si lo dice para hacer creer que soy aficionado á hipérboles, la verdad es que en el país de S. S. hay todavía quien nos gana á nosotros.

El Sr. CANDAU: No sé por qué S. S. ha recordado mi país. Si lo dice para hacer creer que soy aficionado á hipérboles, la verdad es que en el país de S. S. hay todavía quien nos gana á nosotros.

Yo vengo á defender la ley, los principios, no personas.

Yo no he dicho hoy que el capitán general de Madrid haya cometido delito alguno: he dicho que se ha permitido extravagancias. Dentro de algunos días vendrá aquí una discusión amplia, y entonces demostraré que he sido hoy muy benévolo.

Por lo demás, el señor ministro de la GOBERNACION ha confesado el hecho. Dico que fueron clasificadas las personas presas en tres grupos: el primero de hombres de bien, á quienes no se molestó. Dejó á la consideración del Congreso si no es molesta verse encerrados en un corral como ovejas los hombres de bien confundidos con los vagos y ladrones, y esto por la fuerza armada. Si entre esos grupos había vagos y criminales, ¿cómo la autoridad ha esperado á este momento para prenderlos?

El Sr. PRESIDENTE: Eso no es rectificar.

El Sr. CANDAU: Me siento, diciendo que el Gobierno ha confesado que es impotente para perseguir á los vagos con las leyes ordinarias, y que para ello necesita remontarse á los tiempos en que se hacían esas razas, llamadas levas.

El señor ministro de la GOBERNACION: Como el Sr. Candau no puede, por el reglamento, entrar en ciertas consideraciones, no entraré á medir las armas con S. S. Diré, sin embargo, que no he hecho cargo á S. S. de proteger la gente perdida; pero en realidad aunque S. S. se limitaba á defender la ley, venía á hacer la defensa de esa gente.

Por lo demás, el Gobierno no necesita faltar á la ley para hacer lo que ha hecho hoy, y aun sin estar en estado de sitio, cualquiera autoridad puede proceder como hoy se ha procedido.

El Sr. CANDAU: Conste que S. S. ha confesado la corteza del hecho; yo me comprometo á sostener y demostrar aquí, en su día, que no sólo no tenía facultades la autoridad para proceder como ha procedido, sino que por ese acto, por su fondo y por su forma debe ser castigada.

El Sr. CALDERON (D. Pedro): Deseo hacer varias preguntas al señor ministro de Hacienda. Hace mucho tiempo que multitud de gentes acuden á las puertas del Banco impidiendo el tránsito y ocasionando confusión. Por otra parte, mientras el Estado paga en billetes, muchas dependencias del mismo se resisten á admitirlos, y yo ruego á S. S. que remedie este mal.

Voy á hacer otra pregunta. Un periódico ha insertado el sueto siguiente:

«De algunos días á esta parte recorren muy solícitos las tiendas y los establecimientos mercantiles varios comisionados, algunos de ellos franceses, buscando doblillas de dos y de cinco duros para cambiarlas á precios convencionales por billetes de Banco, sin duda para transportarlas al extranjero: así es que la moneda de oro, á pesar de estarse acumulando sin interrupción y en gran cantidad, escasea ya bastante en el comercio de Madrid. Este negocio, que se ha hecho ya repetidas veces, es uno de los motivos que más contribuyen á sostener la crisis monetaria.»

Yo pregunto: ¿tiene el señor ministro conocimiento de esto? Y si lo tiene, ¿piensa poner algún correctivo á este mal, que considero como base principal de lo que encierra mi primera pregunta?

El señor ministro de HACIENDA: El Sr. Calderon ha suscitado en la modesta forma de una pregunta la cuestión económica más grave. No comprendo si S. S. quiere que manifieste si pienso mandar que en los estancos y dependencias del Gobierno se reciban como moneda los billetes, ó si hace extensiva la pregunta á la cuestión del Banco. Si se refiere á esto, repito que es la cuestión más grave, y que no puede tratarse aquí de paso.

El Sr. HURTADO ha ponderado la gravedad de las circunstancias; pero yo creo que su gravedad no nace del estado de la Hacienda, sino del estado del país. La crisis económica es en rigor crisis monetaria; y yo demostraré que con excepción de una sanción de Europa, la nación española es la que debe más, y la que tiene un déficit menor.

Todas las dificultades y embarazos de la Hacienda española están reducidos á la Caja de Depósitos. No hay más pasivo que el saldo de esa Caja: 1,400 millones, de los cuales los 400 son depósitos necesarios. Para un presupuesto de 2,000 millones, no será exagerada una deuda flotante de 600. ¿Querían, pues, como de pago urgente en todo caso 400. Pero para esto la Hacienda española tiene un pasivo, que han de realizarse en pocos años, un activo de 4,000 millones.

Lo grave aquí no es, pues, el estado de la Hacienda: es el estado económico del país. Por una multitud de circunstancias, el crédito está bajo, las compañías de ferro-carriles en estado angustioso, las compañías de crédito y obras públicas en mala situación. Esto sólo se remedia con el concurso patriótico de todos. Con ese concurso se remediará también la crisis del Banco, no con que el ministro de Hacienda tome hoy esta ó la otra medida.

El consejo de administración del Banco, cuando por la audiencia de Madrid se dictó una ejecutoria, quiso oír el parecer de 15 letrados pertenecientes á todos los colores políticos, y esos letrados trataron la cuestión bajo sus diversos aspectos. En su dictamen se decía que el remedio debía ponerse la ley, y por lo mismo he excitado al consejo de administración á que venga á conferenciar conmigo.

Creo que con estas explicaciones quedará el señor Calderon satisfecho.

El Sr. HURTADO: Dice el señor ministro que la causa de la crisis que atravesamos no está en la mala situación de la Hacienda, sino en la mala situación económica del país. Yo creo que si esto fuera así, la crisis hubiera pasado aquí como ha pasado en otros países; el mal está en que la gestión de nuestra Hacienda es mala desde hace mucho tiempo, porque se gasta más de lo que se recauda, y por consiguiente hay un constante déficit que hay que cubrir con el crédito, el cual al fin y al cabo no puede más de acabarse.

El Sr. CALDERON (D. Pedro): El señor ministro de Hacienda se ha olvidado de contestar á dos preguntas mías, que yo no puedo menos de reproducir: la primera es, si S. S. piensa dar orden para que en todas las dependencias de su ministerio, como estancos, administraciones de loterías, etc., se admitan los billetes del Banco de España en pago de los objetos que allí se compran, porque no se comprende que los que reciben en papel los intereses de las cantidades que tienen en la Caja de depósitos no puedan emplear en adquirir lo que vende la administración misma.

La segunda pregunta es, si el señor ministro piensa

tomar alguna medida con los comisionados que andan recogiendo moneda para llevarla al extranjero, aumentando así la crisis por que atravesamos.

El señor ministro de HACIENDA: Respecto á la primera pregunta diré al Sr. Calderon que las dependencias del Estado tienen orden de recibir los billetes del Banco de España.

En cuanto á los comisionados, lo que hacen es una cosa lícita producida por el estado de los cambios, y no puede llegar hasta ellos la jurisdicción del ministro de Hacienda, por más que hagan un perjuicio á nuestro crédito.

Por lo que hace al Sr. Hurtado, yo no hablo de la gestión de la Hacienda en tiempos pasados, ni defiendo ni ataco á nadie. Lo que digo es, que á partir del presente debe arreglarse la Hacienda, empezando por conseguirlo por ponerla fuera de los ataques de los partidos políticos, que ahora buena que se disputen el poder, pero que deben todos sostener la Hacienda é impedir que en ninguna eventualidad pueda sobrevenir la bancarota.

El señor conde de XIQUEÑA: Como las separaciones en masa de los empleados son una cosa censurada por todos los hombres que profesan los buenos principios de la administración, yo deseo que estas separaciones no se lleven á cabo. Tengo la creencia de que no habrán tenido lugar en el ministerio de Hacienda; pero desearía, para que esta creencia pasase á seguridad, que el señor ministro del ramo se sirviera remitir al Congreso una lista de los que han sido separados en los diversos ramos que comprende su ministerio desde que S. S. se puso al frente de él.

El señor ministro de HACIENDA: El Gobierno remitirá la lista que S. S. desea.

El señor conde de XIQUEÑA: Doy gracias á S. S. El Sr. CAPDEPON: Estando próxima la presentación de los presupuestos del Estado para el año económico de 1866 á 67, según nos ha manifestado el señor ministro de Hacienda, y pareciéndome que será muy oportuno para examinar el de ingresos tener á la vista lo que han producido las rentas eventuales en el primer semestre del ejercicio actual, ruego al señor ministro se sirva manifestar si tendrá inconveniente en remitir al Congreso un sencillo estado en el que se exprese la recaudación obtenida por los conceptos de contribución industrial y de comercio, derecho y registro de hipotecas, impuestos de minas, aduanas, consumos, portajes, sellos del Estado en todas sus manifestaciones, tabacos, sales, loterías, casas de moneda y minas, rentas de bienes del Clero y del Estado y 20 por 100 de propios.

Al mismo tiempo, y para poder apreciar en lo posible el tanto por ciento que del total del presupuesto de ingresos se recauda en cada semestre, espero que si el señor ministro se digna remitir el referido estado, lo hará también de otro en el que por semestres, incluso el de ampliación, se manifieste lo recaudado en el año económico de 1864 á 65 por cada uno de los ramos que constituyen los ingresos.

También deseo saber, y esta es una segunda pregunta, si S. S. tendrá inconveniente en remitir al Congreso los expedientes relativos á pedidos de tabacos hechos al contratista desde 1.º de Enero de 1865 hasta 30 de Junio del mismo año, en que dejó el poder el ministerio del señor duque de Valencia, acompañándolas de la respectiva contrata.

El señor ministro de HACIENDA: No tengo inconveniente en que vengan esos estados, y algunos de ellos los tiene S. S. en la Gaceta.

Tampoco creo que pueda haber dificultad en remitir esos expedientes de pedidos de tabacos; si acaso le hubiera, yo vendría aquí á manifestarlo al Congreso.

El Sr. CAPDEPON: Los estados de la Gaceta son incompletos, y no se extienden á lo que yo deseo. Por lo tanto, ruego á S. S. que se sirva acceder á mi súplica.

El Sr. BELDA: Yo había pedido la palabra para suplicar al señor ministro de la GOBERNACION que remitiera ciertos documentos. Como quiera que S. S. no está presente, y que yo deseaba oír de su boca si tenía inconveniente en remitirlos, dejaré para mañana el usar de mi derecho.

El Sr. BELDA: He oído al señor ministro de Hacienda que para cubrir el déficit de la Caja de Depósitos contaba el país con 4,000 millones. Como yo he firmado una proposición relativa al estado de la Hacienda, desearía saber si S. S. se afirma en su dicho, ó si no es exacto que esa cantidad está toda libre, encontrándose por el contrario la mayor parte de ella empeñada ya para ciertas atenciones.

El señor ministro de HACIENDA: Cuando se trate la cuestión de Hacienda traeré y ciertos estados, en los cuales partiendo de datos más bien reducidos que exagerados, podrá ver S. S. que hecha la liquidación de lo pasado, es decir, de la ley de los 2,000 millones y de todas las que han sido consecuencias suyas, hay más de 3,000 millones completamente libres para responder del saldo de la Caja de Depósitos.

Hoy, el activo de nuestra Hacienda representa, aun quedándonos muy bajos, más de 4,000 millones, y como la liquidación de los billetes hipotecarios no pasa de 1,000 y tantos, quedan más de 3,000 libras de toda atención y responsabilidad.

El Sr. BELDA: Yo deseo saber únicamente si S. S. afirma que los pagarés de compradores de bienes nacionales que han entrado en el Tesoro importan esos 4,000 millones y no están afectos á ninguna responsabilidad.

El señor ministro de HACIENDA: Celebro que S. S. hable de esto, porque creo que nada hace más daño nuestro crédito que el no presentar clara la situación de nuestra Hacienda. Aquí se ha empeñado todo el mundo en decir que todos estamos arruinados, cuando no es verdad, y esta es una de las causas principales de nuestro descrédito. ¿Qué crédito podría tener un banquero si sus hijos, sus dependientes y todos sus allegados iban por las calles y los cafés gritando que la casa estaba arruinada? ¿Quién prestaría nada á ese banquero bajo su firma? La Hacienda, pues, gana más que pierde con que se sepa la verdad.

Yo no he dicho que existían hoy en la cartera del Estado 4,000 millones en pagarés de bienes nacionales: lo que he dicho, y es verdad, que ese valor resulta de los pagarés y de los inventarios, á pesar de que estos no contienen todas las líneas de que luego se incauta la Hacienda, y de que sólo se ha calculado un 80 por 100 sobre el precio de la tasación, cuando todas las ventas que se hacen, aun las verificadas en las críticas circunstancias por que atravesamos, producen más del doble del precio calculado para las líneas. Esta cantidad, pues, no es toda de pagarés de bienes nacionales; pero es un activo real y positivo.

El Sr. BELDA: Yo deseo saber únicamente si S. S. afirma que los pagarés de compradores de bienes nacionales que han entrado en el Tesoro importan esos 4,000 millones y no están afectos á ninguna responsabilidad.

El señor ministro de HACIENDA: Celebro que S. S. hable de esto, porque creo que nada hace más daño nuestro crédito que el no presentar clara la situación de nuestra Hacienda. Aquí se ha empeñado todo el mundo en decir que todos estamos arruinados, cuando no es verdad, y esta es una de las causas principales de nuestro descrédito. ¿Qué crédito podría tener un banquero si sus hijos, sus dependientes y todos sus allegados iban por las calles y los cafés gritando que la casa estaba arruinada? ¿Quién prestaría nada á ese banquero bajo su firma? La Hacienda, pues, gana más que pierde con que se sepa la verdad.

Yo no he dicho que existían hoy en la cartera del Estado 4,000 millones en pagarés de bienes nacionales: lo que he dicho, y es verdad, que ese valor resulta de los pagarés y de los inventarios, á pesar de que estos no contienen todas las líneas de que luego se incauta la Hacienda, y de que sólo se ha calculado un 80 por 100 sobre el precio de la tasación, cuando todas las ventas que se hacen, aun las verificadas en las críticas circunstancias por que atravesamos, producen más del doble del precio calculado para las líneas. Esta cantidad, pues, no es toda de pagarés de bienes nacionales; pero es un activo real y positivo.

El Sr. BELDA: Yo deseo saber únicamente si S. S. afirma que los pagarés de compradores de bienes nacionales que han entrado en el Tesoro importan esos 4,000 millones y no están afectos á ninguna responsabilidad.

El señor ministro de HACIENDA: Celebro que S. S. hable de esto, porque creo que nada hace más daño nuestro crédito que el no presentar clara la situación de nuestra Hacienda. Aquí se ha empeñado todo el mundo en decir que todos estamos arruinados, cuando no es verdad, y esta es una de las causas principales de nuestro descrédito. ¿Qué crédito podría tener un banquero si sus hijos, sus dependientes y todos sus allegados iban por las calles y los cafés gritando que la casa estaba arruinada? ¿Quién prestaría nada á ese banquero bajo su firma? La Hacienda, pues, gana más que pierde con que se sepa la verdad.

Yo no he dicho que existían hoy en la cartera del Estado 4,000 millones en pagarés de bienes nacionales: lo que he dicho, y es verdad, que ese valor resulta de los pagarés y de los inventarios, á pesar de que estos no contienen todas las líneas de que luego se incauta la Hacienda, y de que sólo se ha calculado un 80 por 100 sobre el precio de la tasación, cuando todas las ventas que se hacen, aun las verificadas en las críticas circunstancias por que atravesamos, producen más del doble del precio calculado para las líneas. Esta cantidad, pues, no es toda de pagarés de bienes nacionales; pero es un activo real y positivo.

El Sr. BELDA: Yo deseo saber únicamente si S. S. afirma que los pagarés de compradores de bienes nacionales que han entrado en el Tesoro importan esos 4,000 millones y no están afectos á ninguna responsabilidad.

El señor ministro de HACIENDA: Celebro que S. S. hable de esto, porque creo que nada hace más daño nuestro crédito que el no presentar clara la situación de nuestra Hacienda. Aquí se ha empeñado todo el mundo en decir que todos estamos arruinados, cuando no es verdad, y esta es una de las causas principales de nuestro descrédito. ¿Qué crédito podría tener un banquero si sus hijos, sus dependientes y todos sus allegados iban por las calles y los cafés gritando que la casa estaba arruinada? ¿Quién prestaría nada á ese banquero bajo su firma? La Hacienda, pues, gana más que pierde con que se sepa la verdad.

Yo no he dicho que existían hoy en la cartera del Estado 4,000 millones en pagarés de bienes nacionales: lo que he dicho, y es verdad, que ese valor resulta de los pagarés y de los inventarios, á pesar de que estos no contienen todas las líneas de que luego se incauta la Hacienda, y de que sólo se ha calculado un 80 por 100 sobre el precio de la tasación, cuando todas las ventas que se hacen, aun las verificadas en las críticas circunstancias por que atravesamos, producen más del doble del precio calculado para las líneas. Esta cantidad, pues, no es toda de pagarés de bienes nacionales; pero es un activo real y positivo.

El Sr. BELDA: Yo deseo saber únicamente si S. S. afirma que los pagarés de compradores de bienes nacionales que han entrado en el Tesoro importan esos 4,000 millones y no están afectos á ninguna responsabilidad.

El señor ministro de HACIENDA: Celebro que S. S. hable de esto, porque creo que nada hace más daño nuestro crédito que el no presentar clara la situación de nuestra Hacienda. Aquí se ha empeñado todo el mundo en decir que todos estamos arruinados, cuando no es verdad, y esta es una de las causas principales de nuestro descrédito. ¿Qué crédito podría tener un banquero si sus hijos, sus dependientes y todos sus allegados iban por las calles y los cafés gritando que la casa estaba arruinada? ¿Quién prestaría nada á ese banquero bajo su firma? La Hacienda, pues, gana más que pierde con que se sepa la verdad.

Yo no he dicho que existían hoy en la cartera del Estado 4,000 millones en pagarés de bienes nacionales: lo que he dicho, y es verdad, que ese valor resulta de los pagarés y de los inventarios, á pesar de que estos no contienen todas las líneas de que luego se incauta la Hacienda, y de que sólo se ha calculado un 80 por 100 sobre el precio de la tasación, cuando todas las ventas que se hacen, aun las verificadas en las críticas circunstancias por que atravesamos, producen más del doble del precio calculado para las líneas. Esta cantidad, pues, no es toda de pagarés de bienes nacionales; pero es un activo real y positivo.

El Sr. BELDA: Yo deseo saber únicamente si S. S. afirma que los pagarés de compradores de bienes nacionales que han entrado en el Tesoro importan esos 4,000 millones y no están afectos á ninguna responsabilidad.

El Sr. BELDA: Yo deseo saber únicamente si S. S. afirma que los pagarés de compradores de bienes nacionales que han entrado en el Tesoro importan esos 4,000 millones y no están afectos á ninguna responsabilidad.

El señor ministro de HACIENDA: Celebro que S. S. hable de esto, porque creo que nada hace más daño nuestro crédito que el no presentar clara la situación de nuestra Hacienda. Aquí se ha empeñado todo el mundo en decir que todos estamos arruinados, cuando no es verdad, y esta es una de las causas principales de nuestro descrédito. ¿Qué crédito podría tener un banquero si sus hijos, sus dependientes y todos sus allegados iban por las calles y los cafés gritando que la casa estaba arruinada? ¿Quién prestaría nada á ese banquero bajo su firma? La Hacienda, pues, gana más que pierde con que se sepa la verdad.

Yo no he dicho que existían hoy en la cartera del Estado 4,000 millones en pagarés de bienes nacionales: lo que he dicho, y es verdad, que ese valor resulta de los pagarés y de los inventarios, á pesar de que estos no contienen todas las líneas de que luego se incauta la Hacienda, y de que sólo se ha calculado un 80 por 100 sobre el precio de la tasación, cuando todas las ventas que se hacen, aun las verificadas en las críticas circunstancias por que atravesamos, producen más del doble del precio calculado para las líneas. Esta cantidad, pues, no es toda de pagarés de bienes nacionales; pero es un activo real y positivo.

El Sr. BELDA: Yo deseo saber únicamente si S. S. afirma que los pagarés de compradores de bienes nacionales que han entrado en el Tesoro importan esos 4,000 millones y no están afectos á ninguna responsabilidad.

El señor ministro de HACIENDA: Celebro que S. S. hable de esto, porque creo que nada hace más daño nuestro crédito que el no presentar clara la situación de nuestra Hacienda. Aquí se ha empeñado todo el mundo en decir que todos estamos arruinados, cuando no es verdad, y esta es una de las causas principales de nuestro descrédito. ¿Qué crédito podría tener un banquero si sus hijos, sus dependientes y todos sus allegados iban por las calles y los cafés gritando que la casa estaba arruinada? ¿Quién prestaría nada á ese banquero bajo su firma? La Hacienda, pues, gana más que pierde con que se sepa la verdad.

Yo no he dicho que existían hoy en la cartera del Estado 4,000 millones en pagarés de bienes nacionales: lo que he dicho, y es verdad, que ese valor resulta de los pagarés y de los inventarios, á pesar de que estos no contienen todas las líneas de que luego se incauta la Hacienda, y de que sólo se ha calculado un 80 por 100 sobre el precio de la tasación, cuando todas las ventas que se hacen, aun las verificadas en las críticas circunstancias por que atravesamos, producen más del doble del precio calculado para las líneas. Esta cantidad, pues, no es toda de pagarés de bienes nacionales; pero es un activo real y positivo.

El Sr. BELDA: Yo deseo saber únicamente si S. S. afirma que los pagarés de compradores de bienes nacionales que han entrado en el Tesoro importan esos 4,000 millones y no están afectos á ninguna responsabilidad.

El señor ministro de HACIENDA: Celebro que S. S. hable de esto, porque creo que nada hace más daño nuestro crédito que el no presentar clara la situación de nuestra Hacienda. Aquí se ha empeñado todo el mundo en decir que todos estamos arruinados, cuando no es verdad, y esta es una de las causas principales de nuestro descrédito. ¿Qué crédito podría tener un banquero si sus hijos, sus dependientes y todos sus allegados iban por las calles y los cafés gritando que la casa estaba arruinada? ¿Quién prestaría nada á ese banquero bajo su firma? La Hacienda, pues, gana más que pierde con que se sepa la verdad.

Yo no he dicho que existían hoy en la cartera del Estado 4,000 millones en pagarés de bienes nacionales: lo que he dicho, y es verdad, que ese valor resulta de los pagarés y de los inventarios, á pesar de que estos no contienen todas las líneas de que luego se incauta la Hacienda, y de que sólo se ha calculado un 80 por 100 sobre el precio de la tasación, cuando todas las ventas que se hacen, aun las verificadas en las críticas circunstancias por que atravesamos, producen más del doble del precio calculado para las líneas. Esta cantidad, pues, no es toda de pagarés de bienes nacionales; pero es un activo real y positivo.

El Sr. BELDA: Yo deseo saber únicamente si S. S. afirma que los pagarés de compradores de bienes nacionales que han entrado en el Tesoro importan esos 4,000 millones y no están afectos á ninguna responsabilidad.

El señor ministro de HACIENDA: Celebro que S. S. hable de esto, porque creo que nada hace más daño nuestro crédito que el no presentar clara la situación de nuestra Hacienda. Aquí se ha empeñado todo el mundo en decir que todos estamos arruinados, cuando no es verdad, y esta es una de las causas principales de nuestro descrédito. ¿Qué crédito podría tener un banquero si sus hijos, sus dependientes y todos sus allegados iban por las calles y los cafés gritando que la casa estaba arruinada? ¿Quién prestaría nada á ese banquero bajo su firma? La Hacienda, pues, gana más que pierde con que se sepa la verdad.

Yo no he dicho que existían hoy en la cartera del Estado 4,000 millones en pagarés de bienes nacionales: lo que he dicho, y es verdad, que ese valor resulta de los pagarés y de los inventarios, á pesar de que estos no contienen todas las líneas de que luego se incauta la Hacienda, y de que sólo se ha calculado un 80 por 100 sobre el precio de la tasación, cuando todas las ventas que se hacen, aun las verificadas en las críticas circunstancias por que atravesamos, producen más del doble del precio calculado para las líneas. Esta cantidad, pues, no es toda de pagarés de bienes nacionales; pero es un activo real y positivo.

El Sr. BELDA: Yo deseo saber únicamente si S. S. afirma que los pagarés de compradores de bienes nacionales que han entrado en el Tesoro importan esos 4,000 millones y no están afectos á ninguna responsabilidad.

El señor ministro de HACIENDA: Celebro que S. S. hable de esto, porque creo que nada hace más daño nuestro crédito que el no presentar clara la situación de nuestra Hacienda. Aquí se ha empeñado todo el mundo en decir que todos estamos arruinados, cuando no es verdad, y esta es una de las causas principales de nuestro descrédito. ¿Qué crédito podría tener un banquero si sus hijos, sus dependientes y todos sus allegados iban por las calles y los cafés gritando que la casa estaba arruinada? ¿Quién prestaría nada á ese banquero bajo su firma? La Hacienda, pues, gana más que pierde con que se sepa la verdad.

Yo no he dicho que existían hoy en la cartera del Estado 4,000 millones en pagarés de bienes nacionales: lo que he dicho, y es verdad, que ese valor resulta de los pagarés y de los inventarios, á pesar de que estos no contienen todas las líneas de que luego se incauta la Hacienda, y de que sólo se ha calculado un 80 por 100 sobre el precio de la tasación, cuando todas las ventas que se hacen, aun las verificadas en las críticas circunstancias por que atravesamos, producen más del doble del precio calculado para las líneas. Esta cantidad, pues, no es toda de pagarés de bienes nacionales; pero es un activo real y positivo.

El Sr. BELDA: Yo deseo saber únicamente si S. S. afirma que los pagarés de compradores de bienes nacionales que han entrado en el Tesoro importan esos 4,000 millones y no están afectos á ninguna responsabilidad.

El señor ministro de HACIENDA: Celebro que S. S. hable de esto, porque creo que nada hace más daño nuestro crédito que el no presentar clara la situación de nuestra Hacienda. Aquí se ha empeñado todo el mundo en decir que todos estamos arruinados, cuando no es verdad, y esta es una de las causas principales de nuestro descrédito. ¿Qué crédito podría tener un banquero si sus hijos, sus dependientes y todos sus allegados iban por las calles y los cafés gritando que la casa estaba arruinada? ¿Quién prestaría nada á ese banquero bajo su firma? La Hacienda, pues, gana más que pierde con que se sepa la verdad.

Yo no he dicho que existían hoy en la cartera del Estado 4,000 millones en pagarés de bienes nacionales: lo que he dicho, y es verdad, que ese valor resulta de los pagarés y de los inventarios, á pesar de que estos no contienen todas las líneas de que luego se incauta la Hacienda, y de que sólo se ha calculado un 80 por 100 sobre el precio de la tasación, cuando todas las ventas que se hacen, aun las verificadas en las críticas circunstancias por que atravesamos, producen más del doble del precio calculado para las líneas. Esta cantidad, pues, no es toda de pagarés de bienes nacionales; pero es un activo real y positivo.

El Sr. BELDA: Yo deseo saber únicamente si S. S. afirma que los pagarés de compradores de bienes nacionales que han entrado en el Tesoro importan esos 4,000 millones y no están afectos á ninguna responsabilidad.

El señor ministro de HACIENDA: Celebro que S. S. hable de esto, porque creo que nada hace más daño nuestro crédito que el no presentar clara la situación de nuestra Hacienda. Aquí se ha empeñado todo el mundo en decir que todos estamos arruinados, cuando no es verdad, y esta es una de las causas principales de nuestro descrédito. ¿Qué crédito podría tener un banquero si sus hijos, sus dependientes y todos sus allegados iban por las calles y los cafés gritando que la casa estaba arruinada? ¿Quién prestaría nada á ese banquero bajo su firma? La Hacienda, pues, gana más que pierde con que se sepa la verdad.

Yo no he dicho que existían hoy en la cartera del Estado 4,000 millones en pagarés de bienes nacionales: lo que he dicho, y es verdad, que ese valor resulta de los pagarés y de los inventarios, á pesar de que estos no contienen todas las líneas de que